

CLARK CARRADOS

EL Nº 400

R. CORTIELLA

CLARK CARRADOS

EL Nº 400

Ediciones **TORAY**

Arnaldo de Oms, 51-53
BUENOS AIRES

Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA

Depósito Legal: B-38761- 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El Jefe se inclinó sobre el interfono y soltó uno de sus acostumbrados bufidos:

— ¡Que venga MP-400 inmediatamente!

— Sí, señor — contestó su secretario personal —. Haré que lo busquen en el acto, señor.

El jefe debía de estar muy preocupado, porque cuando envió a buscarme no lo hizo por medios ordinarios, sino que envió nada menos que un gravimóvil, con una escuadra de guardias armados con fusiles radiantes. El jefe me conocía y sabía que sólo de esta manera era posible arrancarme de los brazos de la despampanante pelirroja con la que me había retirado a meditar unos días en las montañas de Tsink-Kasij.

El teniente que mandaba la escuadra tenía instrucciones específicas al respecto, porque no me dejó protestar. Nos encontró a la pelirroja y a mí, en un estanque natural formado en el cuenco de una roca enorme y alimentado por las aguas de una cascada que se desplomaba desde treinta metros de altura.

La pelirroja chilló al ver a los hombres de casco dorado y se zambulló inmediatamente en el agua.

Se comprende, claro.

Yo salí a su encuentro.

— ¿Qué significa esta intrusión en mis dominios privados, caballeros?

— ¿Es usted MP-400? — preguntó el oficial, con la cara tan dura como la roca que pisaba.

— Sí, pero...

El teniente se volvió hacia sus soldados.

— Vamos, muchachos, carguen con él.

Dos de los soldados se arrojaron sobre mí. Eran tipos especialmente elegidos; la resistencia fue inútil.

Otro cargó con la toalla que había en el suelo, junto al borde del estanque. La comitiva se dirigió hacia el gravimóvil sin más trámites.

— ¡Eh!—chilló la pelirroja—. ¿Y yo? ¿Es que me dejan sola?

— Mañana vendremos a recogerla — prometió el teniente.

Luego me enteré de que sí, que fue al día siguiente, pero el muy granuja se quedó ocho días con ella. ¡Para que se fíe uno de los juramentos de fidelidad eterna de las mujeres! ,

Así fue como, casi sin saber cómo ni por qué, comparecí ante el Jefe.

— Estaba de vacaciones — me quejé.

— Se han acabado — gruñó él, con un grueso puro entre los dientes —. Tienes una misión, cuatrocientos.

— ¿Ah, sí? Y sólo puedo ejecutarla yo, claro. Dispone usted de centenares de A.S.I. y ha ido precisamente a elegirme a mí, al hijo de...

El Jefe me lanzó una mirada que me dejó mudo.

— Cuando hago una elección, es que tengo mis motivos — manifestó —. Cuatrocientos, tienes que ir a la Tierra.

— Hombre, eso no está tan mal — dije, complacido.

— No es seguro que vuelvas, pero tienes que volver, aunque sólo queden de ti la cabeza y los dientes para sostener los planos.

— ¿Qué planos? — pregunté, con una cara de idiota imponente.

— Los de la Invasión.

— ¿Invasión?

— Sí, pedazo de mulo — me apostrofó mi jefe—. Los planos que el Gran Estado Mayor terrestre ha elaborado para la invasión de Quenaria.

— Vaya, eso se suele hacer casi de rutina — dije —. Apostaría que los quenarianos también tenemos redactado un plan de posible invasión de la Tierra.

— Sí, pero mientras que nuestro plan es más bien un estudio teórico, de los *dilettanti* de nuestro Estado Mayor, los de los terrestres han entrado ya en vías de ejecución.

Me quedé con la boca abierta de par en par.

— ¡Rayos! — dije.

— Es más — continuó mi jefe, mordiendo el puro a cada frase—, se sabe positivamente que la Tierra ha infiltrado ya aquí a millares de agentes, los cuales están ocupando puestos clave y que actuarán apenas la Gran Comandancia Terrestre ordene la invasión. Ya sabes, sabotajes, noticias falsas, voladuras de lugares esenciales, fábricas, centrales de energía...

— La monda — dije.

— Y no lo podemos consentir, como es obvio, así que te vas a ir a la Tierra y a traerte los planos, para contrarrestar su ataque eficazmente, «ab ovo», como dicen allí.

— En el huevo, vamos, antes de que el pájaro rompa la cáscara.

— Justamente, cuatrocientos.

— Pero... usted sabrá al menos dónde están esos planos.

— Lo que sé es que están tan bien defendidos, que ni los mismos terrestres pueden sacarlos de donde están para estudiarlos y ponerlos en ejecución.

Uno vez más, puse cara de idiota.

— Que el diablo de los terrestres cargue conmigo si...

— Escucha, cuatrocientos — dijo mi Jefe—. Una vez que el plan estuvo redactado, el Gran Estado Mayor de la Tierra acordó guardar todos los documentos en un lugar seguro, de modo que nadie pudiera apoderarse de ellos, y tenerlos allí, hasta el momento de su utilización. No guardaron

copias y todos los borradores, informes, memorándums y notas de cualquier clase fueron quemados en la misma habitación donde se reunían los miembros del G.E.M.

«Se construyó un edificio especial, especialmente protegido, de modo que ni una bomba de cincuenta megatones podría destruir la cúpula de energía que lo protege. Claro que podríamos usar una de cien, pero somos un poco más escrupulosos que los terrestres y no queremos arrasar una zona de decenas de millares de kilómetros cuadrados.

— Y para no hacer una barrabasada semejante, tiene que ir allí el hijo de mi mamá.

— Justamente. Atravesarás todas las barreras que hay en torno a la casa donde se guardan los planos, los robarás y te los traerás hasta aquí.

— Bueno—dije con aire de suficiencia—, eso es fácil, busco al ingeniero que construyó el fortín y...

— El ingeniero que construyó el fortín, y sus dos ayudantes, montaron la última trampa, es decir, la más exterior. Tampoco hicieron copias de sus planos; sólo había un ejemplar en el que se indicaba la forma de llegar al sitio donde está el plan de Invasión.

— Son prevenidos esos chicos de la Tierra, ¿eh? — dije con sorna.

— Sí, saben que nosotros estamos al acecho y no han querido correr riesgos, pero me parece que en esta ocasión se han pasado de la raya.

— ¿Por qué dice eso, Jefe?

— El ingeniero y sus ayudantes se mataron en un tortazo que se pegaron con su coche... el cual ardió hasta, literalmente, el último tornillo. Claro, los planos de entrada y salida del fortín también ardieron.

— Y ahora... ni los terrestres pueden entrar allí.

— Justamente.

Solté una enorme carcajada.

— ¡Es divertidísimo! — exclamé.

— Que te crees tú eso, Cuatrocientos. Si crees que es divertido ir sorteando trampas mortales hora tras hora y tal vez día tras día para llegar a tu objetivo, sin saber dónde estará la próxima trampa que puede empaparte de veneno, reducirte los huesos a pulpa, llenarte de dardos el pellejo o convertírtelo en un colador... anda, sigue riendo. Los terrestres reirán más cuando encuentren lo que quede de ti, si queda algo.

Me puse serio.

— Oiga, jefe, eso es algo muy gordo...

— Por dicha razón vas tú a por los planos. Cuatrocientos. — Mi Jefe tocó un timbre —. Ahora mismo te darán una carpeta con todos los datos que hemos podido reunir y una relación de los A.S.I. que podrán ayudarte en la Tierra. Asimismo recibirás dinero en mano y un talonario de cheques contra el Ultrabanco Terrestre, por la cuantía de unos diez millones de

solares.

Una puerta se abrió y por ella entró una despampanante criatura que me dejó con la boca abierta de par en par.

— Mi madre—dije.

— ¡Cuatrocientos! — gritó mi Jefe —. ¡Compostura!

— Dispense, Jefe, pero es que viendo a este cúmulo de belleza...

— Ese cúmulo de belleza tiene ya dueño — rezongó el patrón—. Gracias, Sina.

La secretaria me miró sonriendo y se marchó, después de dejar la carpeta sobre la mesa. Luego, el jefe me la entregó.

— Ahí tienes, Cuatrocientos. Empieza ya. Casi no nos queda tiempo.

— ¿Hoy mismo?

Sonrió diabólicamente.

— Dentro de la carpeta tienes un pasaje para la «Granada 5», que zarpa mañana a las 0615 del Astro-puerto Central. Una cosa, Cuatrocientos.

— Sí, Jefe.

— Cuida tu pellejo, porque lo tendrás en peligro apenas salgas de esta Central.

— Sí, Jefe. Yo quiero mucho a mi pellejo, ¿sabe?

— Más lo quiero yo... por lo menos hasta tu vuelta.

— Me conmueven sus sentimientos caritativos, patrón — dije casi llorando a causa de la emoción que me había producido aquella frase tan cariñosa —. Y, dígame, ¿dónde está el fortín en que se guardan los planos?

— Ah — suspiró mi Jefe—, eso es algo que también a mí me gustaría saber. Averígualo, ¿quieres, Cuatrocientos?

Lo que más me ha gustado siempre de nuestra organización es las facilidades que dan para el cumplimiento de una misión, sí, señor.

* * *

A.S.I. significa Agente Secreto Interplanetario, y en la organización yo tenía las cifras aludidas. Como pueden comprender, no voy a dar el nombre verdadero, sino el que me había sido asignado para la misión: Simón Webster, ingeniero electrónico de profesión.

Un A.S.I. tiene autorización para todo, con tal de realizar la misión que le ha sido asignada. Es una organización antiquísima y el paso de los siglos no ha hecho sino perfeccionar sus métodos. Cierto día empezaron a llegar a Quenaria unos libros de aventuras, donde se relataban las andanzas de un tal James Bond, agente 007, «con licencia para matar», como decía el autor.

El jefe ordenó hacer muchas copias de esos libros y los distribuyó entre nosotros. No es que tuviésemos nada que aprender de J. B.; el Jefe, lo que

quería era proporcionarnos unos momentos de honesto jolgorio.

Cada vez que yo leía uno de aquellos libracos, me tendía en el suelo. No es porque así leyese con más comodidad, sino porque me acordaba de que uno de mis compañeros, el pobre 885 se tumbó de risa una vez y se desnucó. Así, cuando yo empezaba a reírme, ya estaba tumbado en el suelo.

Comparado con nosotros, 007 era un infeliz, no sólo por los medios prehistóricos que usaba para sus misiones, sino porque sólo tenía autorización para matar... personas.

¡Y un A.S.I., si lo considera necesario, puede hacer volar un planeta con todos sus habitantes y se queda luego tan fresco!

Para que luego vengan los James Bond a presumir.

Desde los tiempos de JOB. las cosas habían cambiado mucho en la Tierra. No hay que olvidar que habían pasado ciento cincuenta años desde entonces, que los terrestres no son tontos y que su tecnología tiene muy poco que envidiar a la nuestra.

Pero siguen siendo crueles, ambiciosos, cobardes a veces, valerosos en otras y siempre ávidos de poder. Por eso querían conquistar Quenaria, mi planeta natal.

Era un bocado apetitoso para ellos, lo comprendo, pero a nosotros no nos gustaban sus proyectos. Ser amigos, comerciar, hacer intercambio cultural y artístico, muy bien, pero tú en tu casa y yo en la mía...

Y ellos querían estar en su casa y en la nuestra.

Había que evitarlo, claro, y para eso se desplazaba a la Tierra un servidor de ustedes: M.P. 400, (a) Simón Webster.

CAPÍTULO II

La «Granada 5» era una nave enorme. Medía casi dos kilómetros de largo, de los que una cuarta parte estaba destinada a los sistemas de propulsión y a los motores auxiliares que suministraban luz, agua y aire a la nave.

El resto se destinaba mitad a carga y mitad a los pasajeros. Los camarotes eran amplios y tenían todo género de comodidades. Había varias enormes cubiertas de paseo, cinco o seis piscinas y todas las distracciones que uno pudiera ambicionar en un viaje que duraría casi tres semanas.

Era una ciudad flotante del espacio. De no haber sido por sus motores antigravitatorios, no se habrían podido construir astronaves de semejantes dimensiones. Pero allí estaba la «Granada 5», enorme, colosal, abrumando con su tamaño, anclada en el astropuerto, flotando a un metro del suelo de cemento.

La actividad era extraordinaria. Las gentes iban y venían. Se veían tipos de todas las razas y pelajes galácticos. Abundaban, cómo no, los quenarianos y los terrestres. Pero se veían también las pieles rojas de Sirio, los gorilescos hombres de Rígel y los serpenteantes seres de Beta de Altair. Era un multicolor conglomerado de hombres y mujeres de todos los aspectos posibles y casi podía decir que no había mundo habitado que no estuviese allí representado.

Cuando llegué a la puerta que indicaba mi pasaje, el equipaje se hallaba ya a bordo. En la mano llevaba un pequeño maletín simplemente. Enseñé el billete al oficial de control de mi sector y un sonriente y amable camarero terrestre me acompañó hasta mi alojamiento.

Arrojé el maletín en la cama y luego me acerqué a la amplia lucerna desde donde podía divisar el fascinante espectáculo que era el vivo ajetreo que precede a toda partida de una nave interestelar. Así pasaron unos minutos hasta que, de pronto, oí el ruido de la puerta al abrirse.

Me volví velozmente, poniendo en acción mis defensas personales: la coraza de energía contra balas sobre todo. Pronto vi que no era necesario.

Ella me miró, se puso colorada y sonrió.

— Perdón, creo que me he equivocado de camarote.

— El mío es el 70-L, señora — dije cortésmente.

Ella abrió su bolso, sacó su pasaje y lo consultó.

— ¡Oh, qué tonta soy! Mi camarote es el 70-I. Perdóneme.

— No hay de qué, señora.

La joven cerró la puerta. Yo encendí un cigarrillo, y haciendo un ligero esfuerzo mental, compuse con las ondas de humo su rostro.

Era morena, de grandes ojos oscuros y tez levemente aceitunada. No

quiero describir su silueta, porque prefiero dejar que trabaje la imaginación del lector. Pero si aquella chica no era una sílfide, entonces yo había nacido en Alfa del Can Mayor, donde sus habitantes tienen cuatro brazos y cuatro piernas.

Soplé. La imagen de la morena se esfumó.

— De modo que te has equivocado, ¿eh? — dije a media voz—. Y el camarero que debía haberte acompañado, ¿qué? Tendré que vigilarte, preciosa; tú, lo único que querías era cercionarte de que, efectivamente, M.P. 400 estaba alojado en el camarote 70-L.

Aún no habíamos zarpado y ya empezaban las complicaciones. La cosa se ponía divertida.

* * *

Ya estábamos en el espacio. Lanzada a velocidades inimaginables, la «Granada 5» volaba hacia su destino.

Los primeros días transcurrieron normalmente. De cuando en cuando, yo me encerraba en mi camarote y repasaba una vez más mis instrucciones, en especial la lista de agentes que debían colaborar conmigo y de las cuales tenía detalladas descripciones, aparte de sus cifras de código y los nombres y funciones que desempeñaban en la Tierra.

Una de las cosas que más me preocupaba era el lugar donde estaba guardado el plan de invasión. ¿Era que sólo tres personas conocían la forma de franquear las barreras que permitirían llegar a aquellos documentos?

Si era así, los terrestres habían cometido una pifia monumental. Claro que también podían redactar un plan nuevo, pero ello obligaba a un replanteo general del asunto. Y no era un plan que se redactara en unas pocas horas.

Probablemente, había costado años enteros de trabajo. Situar a millares de agentes en Quenaria no había sido cuestión de unas semanas. Podía haberlos desde hacía veinte años, y se habrían confundido con la población quenariana, en espera de que les llegase la orden de actuar.

Y todo aquello estaba en un lugar cuya situación exacta yo ignoraba, y adonde, quienes la conocían, no podían llegar tampoco.

Divertido, ¿eh?

En esto pensaba yo, cuando vi de nuevo a la chica que se había equivocado de camarote.

Aquella noche no tenía sueño. Yo había salido de mi camarote y estaba en una de las cubiertas de paseo, contemplando el fascinante espectáculo del firmamento a través de un ventanal de más de tres metros de altura y seis de largo. Ella se acercó pisando con silenciosa suavidad, me vio, me miró y me dirigió una amable sonrisa.

Se había peinado el pelo con singular cuidado y vestía un traje negro que le llegaba a los pies. Era cerrado por delante, pero su espalda quedaba enteramente al aire. Anticuado si se quiere, pero sumamente atractivo.

— Hola — saludó.

— ¿Sigue buscando su camarote? — pregunté.

La chica se echó a reír.

— Lo encontré en seguida. Claro que es sólo la segunda vez que viajo en una nave espacial y ello explica mi confusión.

— Por supuesto. ¿Se dirige a la Tierra?

— Vuelvo allí. Yo soy terrestre.

— Yo he nacido en Quenaria. Mi padre era terrestre— mentí—. Me llamo Simón Webster.

— Nadyna Vilar — se presentó ella.

— ¿Ha estado mucho tiempo en mi planeta?

— Casi un año, señor Webster. Vine para redactar una tesis de estudios.

— Ah, interesante. ¿Le gustó Quenaria?

— Es muy bonito, en efecto, aunque lo encuentro muy parecido a la Tierra.

— ¿Le defrauda ver que somos como ustedes?

Nadyna sonrió.

— Los terrestres buscamos siempre un poco de color local — dijo—. Lo hay en Quenaria, pero menos de lo que esperaba.

— Sí, vamos, el «typical quenary» — dije riendo.

— Desde luego — rió ella también —. Pero no me quejo. He redactado la tesis y creo que conseguiré graduarme.

— ¿En...? — pregunté.

— Sociología extraterrestre. Tal vez consiga así ingresar luego en la carrera diplomática. Como agregado sociólogo, por supuesto.

— Y un día, desempeñará una cátedra en una Universidad.

— Es probable. En todo caso, es algo que no he considerado aún.

— Tiene tiempo por delante — dije—. Aproveche la juventud, señorita Vilar. No se fosilice en los libros.

— Todo se puede compaginar, señor Webster. No soy un ratón de biblioteca...

Dejé de escuchar lo que decía Nadyna. Estaba presintiendo un peligro.

A tales horas, las luces de la cubierta de observación se habían reducido al mínimo, con objeto de permitir una más agradable contemplación del firmamento.

La cubierta era amplia, espaciosa. Tenía grandes divanes, mesitas con revistas y sillones sueltos. Se accedía a ella por dos escaleras en curva, situadas en sus extremos.

Unos ojos nos miraban a ras de la cubierta. Había alguien, agazapado

en la escalera del lado Este, y nos estaba vigilando.

Los ojos desaparecieron un momento. Casi llegué a creer en una ilusión de mis sentidos.

Pero un instante después, vi asomar un tubo de metal. Detrás del tubo estaban de nuevo la frente y los ojos del individuo.

Agarré a Nadyna por la cintura y me lancé a un lado. Una silenciosa descarga de energía radiante, de longitud de onda orgánica, surcó el espacio.

La descarga se estrelló contra el cuarzo del mirador. De haber tropezado conmigo, me habría convertido en humo.

— ¿Qué...? — gritó la joven.

Yo no le hice caso. Me puse en pie de un salto y, extendiendo los trazos, volé literalmente hacia el asesino.

El tipo ignoraba que yo llevaba bajo la ropa un propulsor especial que me permitía dar saltos de hasta cuarenta metros. Bastaba manejarlo con la mano izquierda, haciendo presión con el índice en determinado lugar de la palma, para ponerlo en funcionamiento.

Su cara expresó el asombro que sentía. Alzó la pistola energética y trató de disparar contra mí.

Se la arrebaté de un manotazo, mientras caía sobre él, suspendido ya el impulso de mi propulsor individual. Los dos rodamos por la escalera, pero yo me incorporé antes.

Él se quedó en el suelo.

— Vamos, levántate — dije.

El tipo permaneció callado.

Entonces me di cuenta de que tenía la boca torcida y la cabeza ladeada. Sus ojos estaban fijos en el techo.

Simplemente, se había desnucado al caer rodando por los peldaños.

Nadyna corrió hacia nosotros.

— ¡Oh! — dijo.

— Intentó matarme, usted lo vio — me volví hacia ella.

La chica asintió.

— Es cierto; pero ¿por qué, señor Webster?

— Lo ignoro — respondí—. Tal vez me confundió con otro...

Me agaché y recogí la pistola, que luego hice saltar en la palma de la mano.

— Es una maldita complicación — gruñí.

— Tendrá que dar cuenta a las autoridades de la nave, señor Webster.

— Y me veré embarcado en un lío de todos los diablos. — Miré a derecha e izquierda—. Si pudiera contar con su discreción...,

Nadyna respiró profundamente.

— No es correcto — adujo.

— Él trató de asesinarme, recuérdelo.

— Pero yo fui testigo de que usted sólo trataba de evitar el segundo disparo.

— Desde luego, pero a pesar de todo...

Me puse una mano ante los ojos. En el dedo anular centelleó la piedra azul de un anillo de oro que llevaba para determinadas ocasiones.

Nadyna se puso rígida. Sus ojos quedaron desmesuradamente abiertos.

— Olvida lo que has visto — ordené.

— Sí — contestó ella con voz opaca.

— Recordarás todo hasta el momento en que fui atacado. Luego creerás que nos hemos despedido cortésmente, como buenos amigos.

— Sí.

— Eso es todo. Vete, Nadyna.

La joven se alejó. Yo me incliné entonces sobre el tipo y le quité la documentación.

Registré sus ropas rápidamente. No llevaba encima nada de importancia, salvo, un lápiz metálico que juzgué oportuno guardarme, a fin de evitar un percance en el expulsor de desperdicios.

Yo conocía la nave palmo a palmo. En la entrada de la cubierta había uno de esos aparatos. Abundaban por todas partes.

Metí dentro el cadáver. Cerré la compuerta y presione un botón.

Una turbina compuesta por decenas de afiladísimas cuchillas empezó a girar a miles de revoluciones por minuto. El cuerpo del espía fue convertido en polvo.

Segundos después, presioné otro botón. El polvo orgánico fue lanzado al espacio. Al día siguiente echarían en falta a un pasajero y se iniciaría su búsqueda.

Eso ya no era cuestión que me afectase.

CAPÍTULO III

En la seguridad de mi camarote, revisé la documentación del tipo, sin encontrar gran cosa de interés.

Se había llamado Piotr Grundek, de 34 años, natural de Riga y delineante de profesión, menos cuando se dedicaba a asesina a la gente.

La carrera estaba bien repleta en lo que a dinero terrestre se refería. Había cheques de viajero por valor de cincuenta y dos mil solares y billetes que sumaban cinco mil más.

— Una buena paga — murmuré.

Guardé todo cuidadosamente. Grundek había dejado de existir.

De pronto, reparé en el lápiz. Me lo había guardado, a fin de no provocar la rotura de las paletas de la turbina. Era algo más grueso de lo normal y tenía casi veinte centímetros de longitud.

Me pregunté si sería un arma. Había visto plumas explosivas, irradiantes, narcóticas, lanzadoras de dardos envenenados y hasta conteniendo en su interior un explosivo atómico de medio kilotón. No me seducía la idea de que aquel artefacto se convirtiese de repente en una bomba y explotase en mis narices.

Le di vueltas con sumo cuidado. Debí de oprimir algún interruptor porque, de pronto, el cabo se iluminó tenuemente y una voz surgió del centro del lápiz.

— ¿Piotr? — dijo una voz femenina.

Pegué un respingo. Así, pues, aquel lápiz era un transmisor de radio.

— Sí — contesté, colocándome la mano ante la boca, para disfrazar un tanto la voz.

— ¿Novedades?

— Todo listo.

— ¿De veras?

— Claro. Yo no fallo nunca — contesté, con acento de orgullo, pensando que así habría respondido el difunto.

— Elegimos bien, Piotr — dijo la mujer—. Cuando llegues, ven a cobrar el resto de la recompensa.

— Claro. — Me pregunté dónde viviría ella—. No faltaré.

— Será una recompensa muy... especial — dijo la mujer con acento insinuante.

«La clase de recompensas que más estimo», pensé.

— ¿Qué has hecho del hombre?

— Flota ahora en el espacio, convertido en polvillo orgánico — dije.

— Eres un tío listo, Piotr. Ven a verme en seguida. Ah, he cambiado de

nombre y de dirección. Ahora resido en Roma, Vía Trittone, 12. Me llamo Raffaella di Sinigaglia.

— Entendido. Hasta la vista, hermosa.

Tanteé suavemente hasta cortar la comunicación. En silencio, admiré la habilidad de los terrestres.

Aquel aparato alcanzaba a través del espacio. Valía la pena estudiarlo y construir muchos más. El Jefe estimaría la muestra para enviarla a nuestros técnicos.

* * *

Dos días después, me encontré con Nadyna en el bar de la cuarta cubierta.

La joven había cambiado de indumentaria. En realidad, era una de las distracciones preferidas por las damas en un viaje a través del espacio.

Ahora llevaba puesta una blusa sin espalda y casi sin delantero, sujeta por tres puntos: el cuello y dos botones que la unían a un pantaloncito microscópico. Si añadimos que el color era rojo púrpura y que su calzado consistía en dos botinas del mismo color, con la punta en espiral hacia adentro, quedará completa la descripción.

En un campeonato de audacia indumentaria, se habría llevado el primer premio.

Me vio y me dirigió una cálida sonrisa.

— ¿Cómo está, señor Webster? — preguntó.

— Admirando la más maravillosa obra de la naturaleza que he visto jamás — contesté.

Nadyna enrojeció.

— Es usted un exagerado, ingeniero — dijo.

Su última palabra provocó en mí un tañido de alarma. ¿Quién le había dicho mi supuesta profesión?

¿Lo sabía ya o se había enterado por un tercero? ¿Había curioseado en el rol de pasajeros? Era conveniente tomar nota del detalle. Por si las moscas, quenarianas, desde luego.

— Bueno—sonreí—, la libertad de opinión es un don muy preciado y yo la uso siempre que puedo. Con respecto a usted, me mantengo en lo dicho.

— Habla usted muy bien, señor Webster. Debiera haber sido orador, en lugar de ingeniero. Su facultad de persuasión es terrible.

— ¿Se siente acomplejada por ello?

— No, aterrorizada.

— ¿Acaso piensa que es la mosca que va a caer en la red tendida por la araña?

Nadyna me dirigió una larga mirada a través de sus espesas pestañas.

— Tal como habla usted, así lo parece — contestó.

— La araña devora a sus presas. Yo soy mucho menos cruel.

— El daño físico no es siempre el más doloroso.

— Pero usted no recibiría ningún daño... en ningún sentido.

— Lo estoy recibiendo ahora, oyéndole hablar. Tengo miedo, señor Webster.

Me eché a reír.

— Pediremos algo de beber para confortarnos — dije.

Hice una seña. El barman acudió rápidamente.

— Dos combinados de champaña — pedí—. El champaña que sea «Zona 13» — indiqué.

— Al momento, señor.

— Es usted entendido en vinos terrestres — sonrió Nadyna—. El «Zona 13» tiene una antigüedad de ciento veinte años.

— No admito menos en un champaña, señorita Vilar.

— ¿Y en una mujer?

— No hay edad límite, siempre que sea bella.

— Es decir, le gustan todas.

— En este momento, sólo una.

— ¿Y si yo no estuviera aquí?

— Iría corriendo en busca de una máquina amnésica. Sería la única forma de olvidarla a usted.

Nadyna rió argentinamente. El barman llegó con los combinados y le ofrecí su copa. Luego levanté la mía.

— Por el trauma psíquico que ha originado en mi mente — dije.

— ¿Le he enloquecido? — preguntó ella mirándome por encima de la copa.

— He perdido la razón por completo. ¿Quién soy? ¿Dónde estoy?

Ella volvió a reír.

— Señor Webster, no trate de conquistarme — dijo.

Dejé la copa y tomé sus manos.

— No lleva anillos, no es casada — dije—. Es pieza libre para el cazador.

— La pieza puede defenderse, ingeniero.

— Entonces, su captura resultará aún más gloriosa.

— Pero puede ser derrotado.

— En tal caso, me vestiré de cilicio y derramaré ceniza sobre mi cabeza. Luego me retiraré a un desierto hasta el fin de mis días.

— Señor Webster, yo no consentiría una cosa semejante— dijo Nadyna, muy seria.

— Entonces, ¿permitiría la captura?

Me dirigió una mirada risueña.

— Le daría cinco solares para que se pagase el importe de una sesión en la máquina amnésica — dijo, a la vez que se apeaba del taburete —. El champaña demostró su acierto en la elección, señor Webster.

— ¿Se marcha?

— Sí, porque a bordo no hay máquinas amnésicas. Adiós, ingeniero.

— Adiós, señorita Vilar.

Era una chica lista, muy lista. Debería tenerla en cuenta... o mi misión corría peligro de irse al cuerno.

* * *

Todavía la vi unas cuantas veces durante el resto del viaje.

Nuestras conversaciones no pasaron nunca, de meras frivolidades. En vano fue que tratase de tentarla, pero no para lo que se suponen, sino para que descubriese sus cartas en el juego del espionaje.

Resultó inútil.

Era una pieza muy escurridiza en todos los sentidos. O tal vez era en realidad una socióloga y se divertía mucho con aquel devaneo.

Esto pasa en los viajes de cierta duración. Luego, ya se sabe, si te he visto no me acuerdo.

Pero no podía fiarme de nadie. A Nadyna era preciso tomarla en cuenta, repito.

La vi por última vez cuando descendía por la pasarela, en el astropuerto. Yo estaba tras una de las lucernas y ella agitó la mano en señal de despedida.

Luego desapareció entre la muchedumbre.

Por el momento, me dije, era preciso despreocuparme de ella. Mi atención se centraría, a partir de ahora, en Raffaella di Sinigaglia.

Ella había enviado a Piotr Grundek a asesinarme. No lo había hecho a humo de pajas, precisamente. Pero tal vez no había sido más que un eslabón en la cadena que había acabado, por el momento, con Grundek.

Llegué al hotel y esperé a que subieran mi equipaje a la habitación que me había sido asignada. Rechacé amablemente la oferta de la camarera para arreglar mis ropas y, tras darle veinte solares de propina, me quedé solo.

Cerré la puerta con doble vuelta de llave, inmediatamente, empecé a trabajar.

Puse la maleta mayor de todas sobre la cama y la abrí. Todo estaba en orden..., pero había sido registrado concienzudamente.

Era de esperar. Pero si el Gran Estado Mayor de la Tierra y su servicio de espionaje creían que podían coger desprevenido a un A.S.I. estaban muy

equivocados.

Saqué toda la ropa. El fondo de la maleta quedó al descubierto.

Había un doble fondo, en efecto, pero era absolutamente imposible de encontrar para quien no conociera su secreto. Aunque hubiesen destrozado la maleta, no lo habrían hallado jamás.

Saqué de mi bolsillo el encendedor. Era de tipo corriente, salvo que contenía unos mecanismos especiales para un A.S.I.

Llevaba mis iniciales terrestres en oro. Rocé la S con las yemas del índice y el medio y la hice girar ligeramente, hasta situarla en posición horizontal.

El fondo de la maleta empezó a ascender hasta alcanzar casi el borde superior. Entonces lo levanté y dejé al descubierto los aparatos que había debajo.

Aquellos aparatos habían viajado en un falso fondo situado en otra dimensión y regresado a la nuestra cuando puse en funcionamiento el aparato de tracción contenido en el encendedor. De este modo, nadie podía hallar nada sospechoso en mi equipaje.

Lo primero que hice fue sacar un casco muy liviano, que me coloqué en la cabeza inmediatamente. Tenía dos anteojos de color negro y en la parte superior una diminuta antena de forma triangular, con los bordes interiores en sierra.

Después saqué un trozo de cartulina del tamaño de una cuartilla y lo puse vertical sobre una mesa, apoyándolo en el jarrón de flores que había de adorno. Tomé una silla, me senté frente a la cartulina, bajé las gafas negras y di media vuelta a un interruptor situado a la derecha del casco.

Concentré mi pensamiento en Grundek. Dejé pasar cinco minutos.

Al terminar, levanté las gafas. La cara de Grundek aparecía fotografiada en la cartulina hasta en sus menores detalles.

Con aquel aparato, un A.S.I podía prescindir perfectamente de las máquinas fotográficas. El casco extraía de su mente los menores recuerdos y los imprimía en forma gráfica sobre un papel tratado especialmente. La fidelidad en la reproducción era total.

Luego saqué de la maleta una caja redonda, del tamaño de mi puño y una especie de secador del pelo. Con estas dos cosas en la mano, más la fotografía de Grundek, me fui al baño.

Fijé la fotografía junto al espejo. Abrí la caja y empecé a esparcir su contenido por mi cara.

Era pasta orgánica. Guiándome por el retrato, di a mi cara los rasgos de Grundek. Luego, el supuesto secador sirvió para, literalmente, fundir la pasta con la carne de mi cara.

Podría llevar aquel nuevo rostro mientras viviese, si así lo deseaba. La barba crecería y mis facciones se moverían con toda naturalidad: para reír,

para enojarme... en fin, para expresar toda la gama de sentimientos humanos.

Así convertido en Grundek salí del hotel dispuesto a enfrentarme con mi primer rival — ¿o era el segundo? —: Raffaella di Sinigaglia.

CAPÍTULO IV

Llamé a la puerta y esperé. A poco, escuché ruido de tacones femeninos al otro lado.

La puerta se abrió. Raffaella apareció ante mis ojos.

Era una mujer, alta, opulenta, rubia, una verdadera walkyria. Me miró y me dirigió una larga sonrisa.

— Pasa, Piotr, estaba aguardándote—dijo.

Entré.

La estreché entre mis brazos.

— Hermosa — murmuré, un segundo antes de besarla.

— Eres terrible, Piotr — dijo.

Pero estaba satisfecha. Me cogió de la mano y llevó hacia adentro.

— Ven, tomaremos una copa. ¿Qué quieres beber?

¿Qué diablos bebía Grundek?

— Lo dejo a tu elección, querida — dije, sin comprometerme.

La casa era pequeña, pero amueblada con gusto. Raffaella llenó dos copas y me entregó una.

— Salud, querido — dijo.

— Gracias, Raffaella. — Chasqueé la lengua—. Está muy bueno.

— Es Chianti — dijo ella con indiferencia—. ¿Qué tal se dio el asunto?

— Fácil — contesté.

— ¿Cómo fue?

— Una descarga de energía. No dijo ni pío.

— Una buena labor, evidentemente. ¿Cuánto tiempo piensas estar en Roma?

— No tengo prisa, querida.

Ella dejó la copa sobre un aparador y tomó un papel que me entregó en el acto.

— Hay otra misión para ti — dijo.

— Acabo de llegar — protesté.

— Lo siento. Son órdenes.

— Pero...

— Piotr, no tienes otro remedio que obedecer.

—¿No puedo quedarme contigo ni siquiera diez minutos?

Raffaella sonrió y me echó los brazos al cuello.

— Te permito el doble de tiempo, pero ni un minuto más — contestó.

Diecinueve minutos más tarde, se levantó del diván donde estábamos sentados, se ahuecó el cabello con gesto de coquetería y me miró con sonrisa que quería ser triste.

— Es lamentable tener que separarnos, Piotr — dijo.
— Sí, cariño.
— En ese papel está la dirección del sitio adonde debes acudir. Ve inmediatamente. Allí te pagarán el resto de la recompensa; te darán un nuevo anticipo y te indicarán cuál es la nueva misión.
— ¿Y no podré volver a verte?
— Querido, ya no depende de mí. Yo sólo cumplo órdenes.
— Sí, claro...
Me encaminé hacia la puerta. La prueba había sido salvada satisfactoriamente.
— Volveré en cuanto pueda — prometí.
— No dejes de avisarme, Piotr — pidió ella.
En la puerta de la calle leí el papel.
Luego alcé la mano y detuve un aerotaxi.
— «Villa Pompeia» Vía Appia Antica —dije—. ¿La conoce usted?— pregunté al piloto.
— Claro. Conozco todas las villas de Roma, señor— contestó el hombre orgullosamente.
La Vía Apia Antica era un lugar que rezumaba historia terrestre por todas partes. A mí me dejaba indiferente.
«Villa Pompeia» estaba oculta entre pinos y cipreses. En el crepúsculo romano, su aspecto no podía ser más encantador.
Estaba rodeada por un frondoso jardín, en el que había varios surtidores, cuyo murmullo sonaba agradablemente en los oídos. Había una verja que cerraba la entrada y a la derecha de la misma una anilla para llamar.
Un jardinero de mediana edad acudió a poco de haber tirado de la anilla.
— Me envía la signara di Sinigaglia — dije.
— Estábamos aguardándole, signor Grundek. Tenga la bondad de pasar — contestó el hombre.
Crucé el umbral.
— Siga todo recto hasta la casa. Allí le recibirán — indicó el jardinero.
Eché a andar por el sendero enarenado. Estatuas de corte clásico sobre pedestales adornaban el jardín. En una larga estela de adorno de un parterre divisé un grupo de faunas persiguiendo a unas ninfas. El bajorrelieve, en mármol de Carrara, era perfecto.
La fachada estaba adornada por un peristilo de columnas de orden dórico. Había una gran cristalera en la entrada. La madera estaba pintada de blanco marfil.
Un hombre de aspecto agradable salió a mi encuentro.
— Raffaella nos ha anunciado su llegada — dijo—. Soy Ron Tutter.

Celebro conocerle, señor Grundek.

— Encantado, señor Tutter — contesté.

— Por aquí, hágame el favor.

Entramos en el espacioso vestíbulo, cuyo pavimentó era de mármol rojo. Una estatua de Minerva, en tamaño natural, adornaba el arranque de la escalera que conducía a las habitaciones superiores.

Tutter se colocó a mi izquierda. Di tres pasos y, de pronto, el suelo se hundió bajo mis pies.

* * *

Hasta un A.S.I. puede ser narcotizado. Cuando desperté, me encontré en un sillón, naturalmente, atado al mismo. Mis captores no me habían dejado ni los zapatos.

Eran cautos, como se supone deben ser los agentes secretos. Maldije entre dientes; si iban a pegarme cuatro tiros, el escudo de energía se había ido con mis ropas.

Una luz se encendió de pronto, dándome de lleno en la cara.

Alguien habló desde detrás del foco.

— Díganos dónde está Grundek — pidió el hombre.

— Grundek soy yo — contesté.

— Está mintiendo. Grundek pedía siempre para beber sckanapps. Detestaba el Chianti.

— A veces, uno cambia de gustos, ¿no?

— Grundek llamaba a la señora di Sinigaglia de un modo especial. Jamás pronunciaba su nombre completo. Si de veras es, usted Grundek, díganos el nombre que usaba para hablar con la señora di Sinigaglia.

— Me gusta la variación — insistí.

— Grundek era un tipo rutinario para ciertas cosas — manifestó el desconocido. No era Tutter, por supuesto—. En este caso, no tenía por qué variar sus costumbres. Sólo las variaba cuando se trataba de eliminar a una persona. Jamás empleaba el mismo método. En eso no se repetía nunca.

— Es peligroso, por supuesto — convine cortésmente.

— Usted es un A.S.I. Queremos conocer su misión.

— Luego me eliminarán.

— También le eliminaremos si no habla, sólo que en el primer caso, le haremos un favor, matándole con una inyección indolora.

— Lo siento. No soy Grundek, en efecto, pero estoy entrenado para la tortura.

El hombre rió.

— Los terrestres sabemos arrancar informaciones hasta de las piedras — declaró—. Tiene treinta segundos para pensarlo.

— Le sobran veintiocho. Empiece.

— Soy hombre de palabra. Esperaré.

El plazo fijado empezó a transcurrir. Lástima de mi propulsor individual; hubiera saltado de allí, incluso con el sillón, pese a estar sujeto al suelo.

Pero las abrazaderas que me ligaban eran de acero templado. Imposible romperlas con la sola fuerza de mis músculos.

Me miré la mano derecha. Hasta el anillo narcótico me había quitado.

— Los treinta segundos han transcurrido ya — dijo el hombre—. ¿Habla o empiezo?

— Adelante.

La luz del foco se tornó repentinamente roja, pero de una intensidad tal, que creía iba a traspasarme el cerebro. Al mismo tiempo, infinidad de minúsculas agujas brotaron del respaldo del sillón y se me clavaron en la carne.

Aguanté un poco. Luego, de repente, solté un aullido.

— ¡ Basta! ¡ Hablaré!

— Bien, le escucho — dijo el hombre.

— Apague ese maldita foco — pedí—. Y quite estas agujas de mi espalda.

— Hable — dijo el tipo inflexiblemente.

— Si no afloja usted, no aflojaré yo.

Inspiré profundamente. Ahora venía un momento de particular peligrosidad. Todo dependía de la capacidad de reacción de mi adversario.

Y...las agujas de mi espalda, ¿podían llegar a atravesarme el cuerpo?

Era una tortura medieval, pero ocho siglos más tarde, continuaba siendo tan efectiva como entonces.

— Estoy esperando, Webster — dijo el hombre, llamándome por mi apellido terrestre.

— Las agujas pinchan — me quejé.

— Lo sé.

Hice una corta pausa. De pronto, froté contra el suelo, con bastante fuerza, las plantas de mis pies.

Una espesa nube de vapor se elevó instantáneamente, ocultándome a la vista de mi verdugo y atenuando, para mí, de manera casi considerable, el resplandor del foco. Al mismo tiempo, me tiré hacia delante todo lo que pude en el sillón, a fin de huir de las agujas.

El tipo, en un espasmo instintivo, podía hacer funcionar a fondo el mecanismo de proyección de las agujas. Por fortuna, no ocurrió nada semejante.

La expansión del vapor fue rapidísima. Escuché un juramento, un obsceno insulto y luego el golpazo de un cuerpo al caer al suelo.

Pero el foco seguía encendido y detrás de mí, en el respaldo del sillón había unas mil doscientas agujas que no representaban un detalle esperanzador.

En cuanto al gas, era un poderoso narcótico que se vaporizaba tras una fuerte fricción. Yo era inmune a sus efectos, porque, en previsión de verme obligado a respirarlo, tenía impregnado de un antídoto duradero el interior de las fosas nasales.

Sin embargo, mis problemas no habían terminado todavía. Mi interrogador no estaba solo en la casa y yo continuaba atado al sillón.

El armazón principal era de madera, salvo en el respaldo en que, por necesidades de entrada y salida de las agujas era metálica. «Bueno — me dije — hay un modo de soltarse.»

Me llené los pulmones de aire y empecé a hacer fuerza. Las patas estaban encastradas en el cemento del suelo y me costó un poco... adelante y atrás, a derecha e izquierda... repitiendo la operación varias veces al máximo de mi potencia física, hasta que escuché un sonoro crujido.

Acentué mis esfuerzos. Otra pata se quebró y luego otra y por fin la cuarta.

Tuve suerte de que una de las primeras patas rotas fuese la delantera derecha, y se quebró a la altura de mi pantorrilla. Sacudí la pierna y el resto, con la abrazadera, se separó.

Ahora, afirmado en el pie derecho, hice fuerza y me tiré al suelo. El brazo izquierdo del sillón se rompió.

Unos minutos más tarde, estaba libre... pero con el mismo equipo de combate que tenía cuando mi santa madre me trajo al mundo.

CAPITULO V

Me aparté del foco rápidamente. El interrogador estaba dormido todavía. Dormiría unas cuantas horas. Recorrí la habitación, dándome cuenta de que era un sótano sin ventilación, de forma cuadrada y de unos siete u ocho metros de lado.

La puerta estaba situada casi frente al sillón. Era el único hueco visible y resultaba imposible forzarla con las manos desnudas, porque era de metal.

Me volví hacia el caído. Pendiente de la cintura llevaba una pistola, pero era corriente. Pronto pude darme cuenta de que a tiros no podría violentar la cerradura que tenía, seguramente, un mecanismo secreto de apertura, el cual yo desconocía, por supuesto.

De pronto, me di cuenta de que la puerta empezaba a abrirse. Salté al otro lado y me coloqué junto al umbral.

Tutter dio un paso dentro del sótano.

— Seth, ¿qué ha dicho el...?

Tutter calló de pronto al ver caído en el suelo a su compañero. Entonces, mis dos manos se cerraron sobre su muñeca derecha y tiré de él con todas mis fuerzas, a la vez que giraba en redondo.

El resultado fue que Tutter voló por los aires como un obús. Chocó contra el foco, lo derribó y cayó al suelo lanzando un aullido de angustia.

Una voz humana sonó en lo alto de la escalera.

— ¡ Señor Tutter!

Me asomé un instante. El portero bajaba a todo correr. La bala que le disparé subió en dirección opuesta.

— Oh — dijo el hombre, agarrándose al estómago.

Terminó su viaje rodando. Le dejé entrar y luego me precipité escaleras arriba.

Tutter no me interesaba demasiado a decir verdad. Las respuestas clasificatorias estaban en la Vía Trittone, 12.

Mis ropas y equipo habían sido colocadas cuidadosamente sobre una mesa de la habitación inmediatamente superior al sótano. Era indudable que lo habían examinado todo con la mayor atención.

Me vestí, sin perder de vista la entrada del sótano. Tutter debía de haber recibido un buen golpe, porque no reaccionó.

Busqué los hilos del visófono y los corté. Para mayor seguridad, destrocé el aparato a tiros.

Frente a la fachada había un automóvil movido por energía irradiante. Me apoderé de él sin ningún escrúpulo y emprendí el viaje de vuelta a

Roma.

* * *

Los ojos de Raffaella di Sinigaglia se dilataron por el terror al verme ante el umbral de la puerta de su piso.

Apoyé la mano en su estómago.

— Retrocede — ordené.

Se había quedado blanca de miedo. Sin decir nada, dio dos pasos hacia atrás. Yo crucé la puerta y la cerré de un taconazo.

— No esperabas verme vivo, ¿verdad? — dije.

— Piotr...

— Tengo la cara de Grundek, pero me llamo Webster. Uno de tus compinches de «Villa Pompeia» lo sabía. No hay motivos para que tú lo ignores.

— Yo no sé nada...

La empujé suavemente y cayó sentada en un diván.

— Tú conocías a Piotr muy bien — dije—. ¿Quién te dio la orden de matarme, que tú le transmitiste a Quenaria?

—Te digo que no sé nada...

Saqué la pistola capturada en «Villa Pompeia» y se la apoyé en la frente.

— Tienes justamente medio minuto para hablar — dije.

Raffaella cedió.

— André Fellax— exclamó, casi gritando.

— Domicilio — pedí.

— Avenida de los Campos Elíseos, 200, París — contestó.

— ¿Él te dijo que ordenaras mi muerte a Piotr?

— Sí.

La pistola continuaba apoyada en la frente de Rafaella.

— Y tú me enviaste a «Villa Pompeia» cuando te diste cuenta de que yo no era Grundek. ¿Eres la jefe de la red romana?

Ella murmuró un «sí» apagado, que apenas si pude oír.

— Y querías que Tutter y sus compañeros me interrogasen a fondo, ¿no es cierto?

— ¿Qué otra cosa podía hacer cuando me di cuenta de que no eras Piotr? — respondió.

— Está bien — dije, guardando la pistola—. Eso es todo. Gracias, hermosa.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Raffaella se puso en pie y lanzó un grito rabioso:

— ¡Webster!

Me volví. Ella tenía una pistola en la mano y disparó cuatro veces seguidas.

Raffaella no había contado con mi escudo de energía, que devolvió fácilmente los proyectiles. Al ver que seguía en pie, mirándola con expresión sonriente, se espantó.

— ¿Qué...?

Me acerqué a ella. La romana retrocedió dos pasos.

— ¡ No me toques! — chilló.

— No tengas miedo, preciosa — dije. Alargué la mano y le quité la pistola, que lancé debajo del diván—. No pienso hacerte ningún daño, sino todo lo contrario.

Sus ojos me miraban aterrados.

— ¿Qué me vas a hacer? — preguntó.

— Sólo una cosa: demostrarte el error que cometiste al ordenar que me asesinaran.

Mis brazos se cerraron en torno a su cintura.

— Webster — susurró.

— Me llamo Simón — dije.

— Simón — repitió.

Y ya no dijo más, porque se lo impedí con mis labios.

* * *

La nave había aterrizado muy temprano. Yo me había puesto en campaña inmediatamente y el día había sido bastante agitado. Anochecía, cuando me dispuse a abandonar el piso de Raffaella.

La romana, sentada ante el tocador, se cepillaba su larga cabellera rubia.

— ¿Te marchas, Simón? — preguntó dulcemente.

— Sí. Oye una cosa, Raffaella...

— Dime, Simón.

— Tú perteneces a un bando y yo a otro. Esto ha sido... un armisticio, pero la guerra sigue y ambos debemos continuar combatiendo.

— Lástima, Simón — suspiró ella.

—Lo sé, y no te lo reprocho. Mírame, por favor.

La romana se volvió en el taburete y se enfrentó con mi anillo hipnotizador.

Casi en el acto se quedó rígida.

— Olvida que me conoces — ordené —. No avises a Fellax. Si ves a Tutter, dile que estoy en esa isla mediterránea llamada Mallorca.

— Sí, Simón.

— Eso es todo.

Al cabo de un tiempo, las órdenes imbuidas en su cerebro se desvanecerían y ella recordaría todo, pero ya sería demasiado tarde.

Para su organización, claro.

Era noche cerrada cuando entré en el hotel.

Necesitaba un buen baño. Además, tenía la espalda dolorida. Sabía que algunas de las agujas me habían hecho sangre y, aunque Raffaella me había curado los pinchazos, no tenía ganas de sufrir una infección.

Estaba seguro de que la mayoría de las agujas estaban oxidadas por contacto con un líquido que no había sido agua precisamente. Una enérgica desinfección me era, pues, absolutamente necesaria.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, divisé a una mujer inclinada sobre mi maletín de aseo, situado encima de una silla.

Ella no se había dado cuenta de mi presencia. Cerré con todo cuidado y dije:

— Si necesita ayuda, puedo darle toda la que pida, Nadyna.

La joven lanzó un gritito de susto y se volvió.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

— Un amigo de Simón — mentí descaradamente.

Nadyna me dirigió una mirada escudriñadora.

— Su voz es la misma — indicó.

— ¿Y qué mejor amigo de una persona que uno mismo? — contesté alegremente—. ¿Ha encontrado algo de interés?

Ella apretó los labios.

— Nadyna, no vaya a decirme que fue a encender un cigarrillo, que no tenía fósforos y que entró a buscarlos aquí. ¿Pertenece usted al G.E.M. terrestre?

— No diré nada... — empezó a caminar hacia la puerta, pero yo le cerré el paso.

— Dirá todo lo que yo quiera — aseguré, mientras levantaba la mano en que tenía el anillo hipnótico.

Nadyna reaccionó rapidísimamente y levantó su mano derecha enguantada en negro. En torno a la muñeca tenía una pulsera que despedía un centelleo singular.

— Esto anula los efectos de su anillo narcótico — dijo, desafiándome con la mirada.

— Luego... lo sabe — dije.

— Recuerdo todo lo ocurrido a bordo — contestó—. Todo—agregó significativamente—. En consecuencia, me he preparado para otro acto similar.

La contemplé con admiración.

— Una mujer prevenida, a ciencia cierta—dije—. ¿A.S.I.?

— Detective privado — contestó.

— Vaya — resoplé—. Es indignante que en Quenaria se imiten determinadas modas terrestres.

Nadyna se encogió de hombros.

— Se gana dinero — contestó.

— Esa no es una razón...

— ¿Recuerda a Vria de Vrianor? — me preguntó.

Un estremecimiento sacudió mi cuerpo.

— No me la mencione — dije con un gruñido.

— Me ha encomendado seguirle todos sus pasos — añadió Nadyna.

— Es muy celosa.

— Lo sé, pero también es inmensamente rica y está loca por usted.

— Oh, qué tontería. Vria no...

Nadyna se encogió de hombros.

— Como guste, Simón. Ahora ya lo sabe — dijo.

— Usted, por lo visto, quería saber si hay otra mujer en mi vida.

— Bueno, tengo que enviar informes periódicos a la señora de Vrianor — respondió ella.

— Sí, claro — murmuré meditabundamente —. Está bien, Nadyna, pero no vuelva a seguirme. Lo de... Vria, fue un tórrido romance que ella no supo digerir bien. Es caprichosa e inconsciente. Tiene dinero, así que pronto me encontrará un sustituto. No me siga, repito, o le daré que sentir. ¿Estamos?

Nadyna alzó la cabeza desafiadoramente y se dirigió hacia la puerta. No intenté prohibirle la salida esta vez.

Por supuesto, yo no me había creído la historia de Vria de Vrianor. Era una piedra de molino demasiado gruesa para tragármela.

Además, Vria, como ya he dicho, tenía el suficiente dinero como para seguirme a cualquier rincón de la Galaxia. Y, en ocasiones, demostraba sensatez, quiero decir, orgullo para comerse sus posibles celos.

Lo cual significa que ni remotamente había encargado Vria a Nadyna que me siguiese y le informase de todos mis actos. Estaba claro que Nadyna era también un agente secreto. Al menos, así lo creía yo.

¿A.S.I.? ¿G.E.M.?

Tendría que averiguarlo y obrar en consecuencia.

Suspiré. Era una chica hermosa, pero si se ponía pesada, no tendría más remedio que...

Lentamente, me desvestí en el cuarto de baño. Antes de abrir el grifo de la ducha, unté generosamente la regadera con una pasta desinfectante, soluble en el agua. Las menudas heriditas causadas por aquellas funestas agujas quedarían así totalmente desinfectadas.

Mientras los chorros de agua caían sobre mi cuerpo, empecé a pensar en mi próxima etapa.

París, Campos Elíseos, 200.

Y el objetivo: André Fellax.

¿No habría ni un solo agente de todos cuantos empleaba el Gran Estado Mayor terrestre que conociera la ubicación de la casa donde estaban guardados los planes de invasión de Quenaria?

Quizá Fellax me dijese algo al respecto.

CAPÍTULO VI

Llegué a París al atardecer del día siguiente.

Después de las operaciones de rutina en el Nuevo Ritz, tomé un taxi y me dirigí a la Avenida de los Campos Elíseos.

Hice que el coche parase a prudente distancia y me apeé. Aboné la carrera y luego seguí a pie.

Era preciso, estimaba yo, estudiar la disposición externa de la casa donde residía Fellax. Minutos después, pasaba por delante.

Había un jardín muy bien cuidado, rodeado por una tapia mitad de piedra y mitad de verja de hierro, terminada en puntas de lanza. No era un obstáculo insalvable.

El edificio era un palacete de finales del siglo xix. Cómo había logrado salvarse de la destrucción de la piqueta demoledora, que había deshecho y rehecho París unas cuantas veces en aquellos tres siglos, era un misterio indescifrable para mí.

Tampoco me interesaba demasiado, a decir verdad.

Continué mi paseo por la acera cien metros más. Luego volví sobre mis pasos.

A través de la entrada, contemplé la puerta del palacete. De súbito, divisé a una doncella que salía sujetando a dos perros de lanas por sus respectivas correas.

Me quedé mudo de asombro.

La doncella, ataviada con el uniforme clásico, que no había variado con el transcurso de los siglos, aunque la falda sí se había acortado considerablemente, era nada menos que la hermosa Nadyna Vilar.

¿Cómo sabía Nadyna que yo iba a enfrentarme con el dueño de la mansión?

Yo no creía en las casualidades, cuando hacía algunas cosas determinadas. Nadyna estaba allí por algún motivo mucho más poderoso que el de realizar una misión informativa para Vria de Vrianor.

Me retiré apresuradamente, escondiéndome un poco más adelante, donde las plantas del jardín llegaban casi a mitad de la reja. A través de los ramajes vi a Nadyna cuidar de los perritos.

Una idea se me ocurrió entonces. Para ponerla en práctica, sin embargo, era preciso esperar unas cuantas horas.

Regresé al hotel. Cuando entré en el vestíbulo, un empleado de recepción llamó mi atención.

— ¿ Señor Webster?

— Dígame — contesté cortésmente.

Mi cara había tomado ya su aspecto habitual. El empleado dijo:

— Señor Webster, hay un caballero que ha preguntado por usted. Le dijimos que había salido, pero contestó que prefería esperar.

— ¿Dónde está?

— Allí, mírelo usted.

Volví la cabeza. Un venerable anciano, con el pelo completamente blanco, estaba sentado en un sillón, leyendo uno de los diarios de la tarde.

— ¿Quién es? — pregunté.

— Lo siento, señor — respondió el empleado—. No dio su nombre; sólo se limitó a decir que esperaría su vuelta.

— Bien, muchas gracias.

Antes de acercarme al anciano, conecté mi escudo de energía. Luego caminé hacia él.

— Soy Webster — anuncié.

El viejo dejó el periódico a un lado y me miró.

— Me llamo Ben Carbyle, señor Webster — se presentó—. ¿Puedo hablar unos momentos con usted? Perdone que no me levante, pero mi artritis...

— No se preocupe, señor Carbyle — sonreí, sentándome en un sillón contiguo—. ¿De qué se trata?

— Verá — dijo el anciano—. Sé que es usted ingeniero y... Perdón, voy a encender una pipa...

Metió la mano en el bolsillo y sacó una vieja cachimba, cuya cazoleta llenó de tabaco. Continuó hablando.

— Usted viene de Quenaria y yo represento a la Compañía Sinmer. ¿La ha oído nombrar, señor Webster?

— Sí, por cierto — mentí.

— Bien, la Sinmer tiene interés en montar una representación en Quenaria. A tal efecto, necesitamos informes y...

Sacó un fósforo y aplicó la llama a la cazoleta. En el mismo instante, se abrió en la base de la cazoleta un pequeño orificio, de unos dos milímetros de diámetro, y un diminuto proyectil partió hacia mi garganta.

El proyectil se estrelló contra mi escudo de energía. Carbyle me miró con infinito asombro.

Le dirigí una amplia sonrisa.

— ¿Por qué no sigue, señor Carbyle?

El fósforo continuaba ardiendo. De pronto, el viejo se quemó los dedos y soltó un enérgico taco.

Luego, de pronto, se puso en pie. Dio dos pasos y cayó de bruces.

— ¡Señor Carbyle!

Los clientes que había en el vestíbulo empezaron a volver la cabeza. Yo me arrodillé junto al anciano.

— Señor Carbyle — repetí. Y luego grité —: ¡A este hombre le ha

sucedido algo! ¡Un médico, pronto, por favor!

La gente se arremolinó. Vino el jefe de recepción. Yo coloqué sobre un sillón el cuerpo del viejo.

Alguien se abrió paso.

— Por favor, soy médico — dijo.

Los curiosos habían formado un corro a nuestro alrededor. El jefe de recepción se retorcía las manos nerviosamente.

Un incidente de esta clase no gusta nunca en un hotel de lujo, aunque se trate de algo natural. Se comprendía, pues, el nerviosismo del empleado.

El médico desabrochó la camisa de Carbyle y le auscultó detenidamente. Luego meneó la cabeza y se irguió.

— Lo siento. Ha muerto. Un colapso cardíaco — anunció dramáticamente.

Se volvió hacia el jefe de recepción:

— Será mejor que llamen a una ambulancia — indicó.

— Sí..., sí, señor...

El médico me dirigió una mirada penetrante.

— ¿ Sabía usted quién era? — me preguntó.

— Dijo llamarse Ben Carbyle y ser representante de una compañía industrial — contesté—. Por lo visto, querían hablar de negocios conmigo, pero, el pobre hombre...

— Un caso verdaderamente lastimoso — dijo el médico—. En fin, la dirección del hotel se encargará de los demás trámites.

Varios empleados cargaron con el cadáver y lo retiraron del vestíbulo, llevándoselo a un cuarto interior de servicio. Era preciso quitar cosas desagradables de la vista de los clientes.

Encendí un cigarrillo. Lo sentía por el viejo, pero él había intentado matarme.

El escudo de energía, según el número de vibraciones que uno le haga alcanzar, puede producir efectos muy curiosos, desde detener una bala de fusil o una descarga energética, hasta causar un colapso cardíaco.

Tengo la seguridad de que, aquella noche, el jefe del G.E.M. terrestre sufrió un ataque de hígado.

* * *

Llegué a las inmediaciones del número 200 de los Campos Elíseos y observé el palacete.

Todas las ventanas aparecían a oscuras. Las tres de la madrugada no es una hora corriente, claro.

Miré a mi alrededor. No se vía ningún policía en las cercanías.

El propulsor individual me trasladó al otro lado de la verja. Iba a caer

sobre un rosal, pero alargué un poco más el salto y aterricé en un sendero lateral.

Avancé cautelosamente. Quería sorprender a Fellax en el sueño. Era la mejor forma de ganar la baza.

Llegué al palacete. Puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas.

Había un medio de entrar: la traslación intemporal, pero el procedimiento no estaba muy perfeccionado todavía y no sentía deseos de dejarme una pierna o un brazo en el exterior. Conozco el caso de un A.S.I. que intentó la operación y se partió en dos.

Su cabeza, sus brazos y su tórax entraron, pero el resto, desde la cintura, se quedó fuera. Imagínense el resultado.

Tendría que recurrir al procedimiento clásico: diamante, cristal violentado y adentro. De súbito, escuché detrás de mí rumor de blandas pisadas.

Me volví en el acto. Un enorme león, de negra melena, galopaba hacia mí sin causar otro ruido que el de sus zarpas al apoyarse en el suelo.

Resultaba raro que no emitiese ningún rugido. Quizá mi buen amigo Fellax no quisiera alarmar a la vecindad. El felino se me arrojaba encima como una locomotora desbocada.

Apenas tuve tiempo de expandir mi escudo de energía. El león saltó, chocó contra aquella barrera invisible, se produjo un vivísimo chispazo y se convirtió en humo.

Saque un pañuelo y me lo pasé por la frente. El susto había sido de órdago. De no haber actuado con tanta rapidez, el león me habría degollado a zarpazos. Pero cuanto más se expande el escudo de energía, mayor es su potencia. Ordinariamente, basta con tenerlo a cinco centímetros de la piel para detener los proyectiles; sin embargo, para un ataque como el del león mudo hay que situarlo a tres o cuatro metros, cuando menos.

Fellax no descuidaba precauciones, me dije. Ahora habría que ver si las ventanas no tenían trampas secretas.

Saqué del bolsillo un detector del tamaño de un lápiz y lo paseé por toda la superficie de la ventana elegida. No parecía que hubiese una alarma eléctrica o un explosivo situado en el antepecho.

Ataqué el cristal y lo fundí con un rayo de energía, obtenido de otro instrumento parecido al anterior. Lo del diamante, claro, ha sido una metáfora.

Entré en la casa. El silencio era absoluto.

Saqué unas gafas de visión nocturna y me las puse ante los ojos. Estaba en una sala de recibo, decorada con muebles y tapices Luis XV. Elegante, me dije.

Continué mi avance y llegué al vestíbulo. Fellax, calculé, debía de

dormir en el piso superior.

Caminé hacia la escalera. De pronto, oí ruido muy cerca de su arranque.

Salté a un lado. La puerta más próxima se abrió un poco.

— Trae la droga — dijo una voz masculina—. Si no habla por las buenas, hablará por las malas.

— Bien, señor Fellax.

Esperé junto a la puerta. Un hombre salió rectamente, sin volver la vista atrás, por lo que no me vio. Cuando alguien cerró la puerta desde adentro, salté sobre él.

En el último instante, presintió algo e intentó volverse. Era ya tarde.

No recurrí al burdo procedimiento de golpearle con el filo de la mano en el cuello. Eso se queda para los terrestres. Nosotros, los A.S.I., si bien conocemos todos los secretos de la lucha cuerpo a cuerpo, usamos otros procedimientos más... civilizados.

Mis uñas arañaron ligeramente su mejilla. Por supuesto, tuve que taparle la boca con una mano; no hay narcótico que obre con absoluta instantaneidad.

Pero treinta segundos más tarde, yacía en el suelo con el mismo conocimiento de un leño. Lo arrastré debajo de un diván y luego me dirigí hacia la puerta del saloncito.

Abrió un poco. Un hombre, sin volverse, dijo:

— ¿Georges?

— No, Simón — contesté, terminando de abrir la puerta.

CAPITULO VII

Fellax se revolvió con rapidez, pero se quedó inmóvil al ver que le apuntaba con una pistola, precisamente tomada a su ayudante.

— Simón Webster — dijo.

— El mismo, señor Fellax — contesté, inclinándome gravemente—. Es decir, si se llama así.

— Puede emplear ese nombre — contestó el sujeto fríamente.

Miré a Nadyna y sonreí.

— Hola, hermosa. Tiene usted un tipo estupendo, la verdad — dije.

Ella enrojeció.

Los agentes del G.E.M., al fin y al cabo terrestres, son unos chapuceros. Habían quitado a la muchacha sus vestidos, dejándole un mínimo de ropa, y la habían atado a un sillón con unos vulgares cordones de seda. Su cara tenía las huellas indudables de unas cuantas bofetadas.

— Suélteme — pidió con voz ronca.

— ¿ Para que siga «chivándose» a Vria de Vrianor de mis andanzas? — contesté—. Oh, por el momento está ahí, muy bien atada. Además, no quiero que me estorbe en mi conversación con el amigo André.

— Moví la pistola—. Fellax, ocupe aquel sillón. Fellax obedeció. Era un tipo alto, apuesto, de unos cuarenta años, con las sienes ya blancas.

— Le advierto que no pienso hablar, Webster — me anunció, al ocupar un sillón casi contiguo al de Nadyna.

— Veremos — contesté tranquilamente, a la vez que metía la pistola en el bolsillo—. Usted ya conoce mi nombre. ¿Quién se lo dijo?

— Raffaella...

— Miente — corté en seco—. Raffaella no está en condiciones de informarle. Ni tampoco Ron Tutter. Se lo ha dicho otra persona. ¿Quién?

Fellax apretó los labios. Sabía que había guardado la pistola, pero se daba cuenta de que podía sacarla a relucir en un santiamén.

— No sé nada...

— Quiero saber el lugar exacto donde están guardados los planes de invasión de Quenaria. Usted lo conoce. Dígamelo.

— Lo siento — respondió Fellax—. No lo sé y no se lo diría tampoco, aunque lo supiera.

Le miré fijamente durante unos segundos.

— Es posible que me diga la verdad, pero, al menos, debe conocer a la persona que conoce ese dato — manifesté.

Fellax se encogió de hombros.

— No sé nada — dijo obstinadamente.

Lancé un suspiro, mientras miraba a la chica.

— ¿Qué le parece, Nadyna? Tendré que recurrir a procedimientos expeditivos para hacerle hablar.

— Estoy entrenado contra la tortura física y mental— anunció Fellax torvamente.

— ¿Sí? ¡Qué interesante! —dije en tono de burla—. ¿Está entrenado también contra el soborno?

Fellax se sobresaltó.

— ¿ Soborno? — repitió.

— ¿Para qué andarnos con rodeos? — dije brutalmente—. Es la palabra adecuada y un millón de solares es el precio.

La lengua de Fellax asomó para humedecer sus labios repentinamente resecos.

— ¿Cómo sé que recibiré el dinero? — preguntó.

Metí la mano en el bolsillo, saqué un rectángulo de papel y se lo tiré a los pies.

— Lea — dije sobriamente.

Fellax recogió el cheque.

— Está librado contra la Banque de Genève — dijo.

— Claro. Un banco suizo, seguro y discreto.

— Preferiría billetes — gruñó.

— ¿ No se fía de mí?

—No.

Me acerqué a él dos pasos. El escudo de energía convirtió en pavesas el cheque, todavía en sus manos. Fellax, que no comprendía lo ocurrido, pegó un salto y lanzó un grito.

— Acaba de perder un millón — dije con dureza.

— Hombre, es que un cheque...

— Tengo otro — le interrumpí.

La codicia le hacía vacilar. Había podido ver que el cheque era auténtico. La Banque de Genève no proporcionaba un talonario de cheques a quien no poseyera fondos suficientes hasta una cifra determinada, lo cual venía indicado expresamente en el documento. Y el cheque, además, estaba avalado por el director y el primer cajero. Era dinero en mano, hablando claro.

— Está bien, démelo.

Hice un signo con la cabeza.

— Vamos a aquel rincón — indiqué.

Fellax se puso en pie. Nos situamos a seis metros de Nadyna.

— Le escucho — dije, abanicándome con el segundo de los cheques.

— Igor Stolipine — dijo.

— ¿Quién es?

— Un ingeniero ucraniano. Vive en Odessa, calle Krassnaia, 8.

— ¿Qué me dirá Stolipine?

Fellax se encogió de hombros otra vez.

— No lo sé. Pregúntele. Pero puedo asegurarle una cosa: era amigo del ingeniero que construyó la casa y las trampas... usted ya me entiende.

— Sí. Una cosa, Fellax.

— Dígame, Webster.

Me toqué el lado izquierdo del pecho.

— He recogido nuestra grabación en hilo magnetofónico. Si me engaña, enviaré una copia a su G.E.M. ¿Entiende?

Fellax se puso pálido.

— No le he engañado — aseguró.

— Mejor para usted. El G.E.M. no perdonaría su traición. Y ahora...

Luego regresé junto a Nadyna.

— Suélteme — pidió ella, forcejeando con sus ligaduras.

— Espere un momento. ¿Cómo vino aquí?

— Raffaella di Sinigaglia — contestó escuetamente.

— ¿La interrogó usted?

— Sí. Drogada.

— Claro, se comprende. ¿Quién le dio el empleo de doncella?

— Me... avisaron que aquí se necesitaba una — respondió la chica.

— ¿Quién?

— Un amigo. No le diré más... ¡Suélteme!

— Espere. ¿Cómo la descubrieron?

— Llegué por la mañana. Me dieron el empleo en el acto. Después de acostarme, cuando dormía, me drogaron ellos.

—¿Y...?

— Desperté aquí. Supieron que era... un detective privado, pero no se lo creyeron.

— Yo tampoco me lo creo.

— Bueno. ¿Por qué no pone un espaciograma a Vria de Vrianor?

— No sería mala idea — comenté —. De todas formas, si es cierto lo que dice, no tengo ganas de dejar una estela detrás de mí.

— ¿Qué? — gritó—. ¿Me va a dejar aquí... a merced de... de...?

— Dormirán, por lo menos, cuatro o cinco horas. Tiene tiempo de soltarse — contesté tan fresco.

Y me marché, mientras ella me dirigía una escandalosa sarta de apostrofes del más puro estilo quenariano. Pero cuando conviene, un A.S.I. debe tener los oídos taponados y no escuchar insensateces.

* * *

Mi investigación proseguía, aunque no demasiado satisfactoriamente.

Había muchos que conocían la misión que me había sido asignada y ellos, a su vez, tenían asignada la de eliminarme. El encuentro con Ben Carbyle era una buena muestra de ello.

El G.E.M. disponía de hombres hábiles y astutos y tenía una extensa red de agentes en todos los lugares del planeta. Era preciso, pues, darles esquinazo del mejor modo posible.

Regresé al hotel y me acosté, no sin antes establecer una barrera protectora en torno a mi cama. Por fortuna, nadie intentó franquearla y mi sueño fue sumamente apacible.

Almorcé con gran apetito. Luego empecé a planear mi viaje a Odessa.

Cuando estaba terminando el almuerzo, apareció Nadyna y se sentó frente a mí, fresca y lozana como una rosa recién cortada.

— Vaya — dije—. Se soltó.

— Usted me dio tiempo — respondió con radiante sonrisa—. Cuando me fui de la casa, todavía dormían.

— ¿También los pekineses?

— Pobres. Eran unos animalitos encantadores. Tendrán que buscar otra persona que los cuide. ¿Cuándo sale para Odessa?

Detuve el viaje de la copa de vino hacia mis labios.

— Me dirijo a Australia — contesté.

Ella apartó uno de los bucles de su cabello y dejó la oreja izquierda al descubierto.

— Esto que tengo aquí se llama micrófono — dijo—. Es sumamente sensible y capta cualquier conversación en un radio de cincuenta metros.

Apuré el vino de un trago.

— Es usted un buen detective particular — elogié.

— No tengo más remedio que serlo, si he de ganarme los honorarios decentemente.

— ¿Le paga mucho la señora de Vrianor?

— Secreto profesional — contestó ella, sin dejar de sonreír.

Agité la mano. Un camarero acudió al instante.

— Por favor — solicité —, deseo enviar un espaciograma. Tráigamelo con el indicativo de urgencia.

— Al momento, señor.

Medio minuto después, el camarero me traía lo requerido. Rápidamente, escribí:

Vria de Vrianor.

1810, 655, AA-44. — Quenaria Capital.

Nadyna Vilar está conmigo. Es guapísima. Cometiste error contratándola seguir mis andanzas. ¿Por qué no buscaste detective sexo masculino? Has perdido partida. Saludos definitivos,

Enseñé el espaciograma a Nadyna. Ella se sofocó.

— ¡ Pero eso no es cierto! — exclamó, indignada.

El camarero tomó el papel cuando yo se lo entregué.

— Despáchenlo inmediatamente y anoten su importe en mi cuenta — ordené.

— Sí, señor.

Miré a la chica y sonreí.

— Ahora sólo falta esperar la reacción de Vria de Vrianor... si es cierto que usted trabaja para ella.

— ¡ Pues claro que sí! Lo que no es verdad, sin embargo, es...

—Las reacciones de Vria suelen ser típicas — la interrumpí, con la sonrisa en los labios —. Algunos dicen que tiene ascendientes terrestres, de los que viven por el Mediterráneo, que suelen ser de sangre caliente.

— Y ella no...

— Si la ha contratado realmente, reaccionará como yo espero y podré comprobar que lo que usted me dice es cierto. Entre tanto, ¿por qué no nos dedicamos a visitar un poco la capital francesa?

Nadyna acabó por sonreír.

— No es mala idea — aprobó—. Pero verá cómo es cierto que...

—dejemos eso a un lado. Ya tendremos tiempo de discutirlo. ¿Vamos?

* * *

Al filo de la noche, se recibió la contestación de Vria de Vrianor:

En síntesis, era así, más o menos:

Sacaré ojos esa desvergonzada apenas me la eche a la cara. Tu inmundo pellejo corre peligro perforaciones múltiples. ¡Ojalá revientes! V. de Vrianor.

— ¿Qué lenguaje! — me escandalicé—. No sé cómo permitieron dar curso a un texto semejante...

— ¿Se convence ahora de lo que digo es cierto? — exclamó la chica.

Estábamos en una *boite*, presenciando el espectáculo de seis damas, muy ligeritas de ropa, que se movían al compás de una vulgar cancioncilla. Miré a Nadyna y sonreí.

— No se puede ser guapo — dije —. La tengo muerta por mis pedazos.

— Es una tonta con mucho dinero. Usted no me haría gastar a mí ni un vigésimo de solar.

— Todo depende de los gustos de cada cual — contesté, a la vez que depositaba unos billetes sobre la mesa—. ¿Continuamos el recorrido?

Estuve hace años en París y conozco una tabernita donde sirven un vino estupendo.

— Bueno, como tengo que seguirle a todas partes...

Abandonamos el local. Cuando salíamos, vi a un tipo parado en la puerta que me infundió sospechas.

El portero quiso pedir un taxi para nosotros, pero le dije que queríamos caminar a pie. Medio minuto después, mis sospechas se confirmaron.

El espía nos estaba siguiendo. Continué una intrascendente conversación con Nadyna, hasta que un oscuro callejón nos salió al paso.

Empujé a la chica hacia el callejón. Nadyna se sorprendió.

— ¿Qué hace, Simón?

— Cállese — dije.

Y la abracé con fuerza.

— Quieta — susurré a su oído —. Nos siguen.

Nadyna se inmovilizó. El espía apareció a poco y alargó el cuello, mirando hacia el callejón.

Entonces usé a la chica como proyectil y la arrojé contra el sujeto. Los dos chocaron y rodaron por el suelo.

Nadyna gritó.

— ¡ Miserable!

El espía juraba obscenamente, intentando quitarse de encima aquel estorbo. Una vez alargó la cabeza un poco, pero entonces se encontró con la puntera de mi zapato y dejó de moverse.

Ayudé a Nadyna a ponerse en pie.

— Es usted un canalla. Mira que...

— Cuidado, viene una pareja de guardias.

El espía estaba ya dentro del callejón. Nadyna y yo caminamos hacia los guardias, situados todavía a unos treinta metros.

Quince pasos más adelante, rechacé a la chica bruscamente.

— Anda, lárgate, mala pécora — dije.

Nadyna me miró con infinito asombro.

— Pero...

La empujé con cierta fuerza.

— Déjame en paz, ¿lo oyes?

Los guardias corrieron hacia nosotros.

— ¿Qué pasa ahí? — preguntó uno de ellos.

— Bueno, esta prójima que no hace más que darme la lata—declaré—. Estaba debajo de un farol y...

Uno de los guardias agarró a Nadyna por un brazo.

— Bien, bien, de modo que molestando a los turistas, ¿eh?

— Guardia, yo no...

Las protestas de la chica no le sirvieron de nada. Uno de los guardias

me dijo:

— Váyase tranquilo, señor; nosotros nos encargaremos de esta fulana.

— Son ustedes muy amables — dije sonriendo—. No es que a uno no le gusten las señoras, pero de cierta clase, por supuesto.

— Claro, claro—sonrió también el guardia. Y luego, su gesto se endureció cuando miró a Nadyna —. Andando para la Comisaría. Vamos a ver si te retiramos quince días de la «circulación».

— ¡Están en un error! Yo no...

— Todas dicen lo mismo — suspiró el otro guardia, y entre él y su compañero, tomaron a Nadyna por los brazos y casi en vilo se la llevaron de allí.

Era una faena indecorosa, pero me convenía la actuación en solitario.

Regresé al hotel a toda velocidad. En media hora arreglé el equipaje, pedí la cuenta y me largué.

Ya había encargado mientras tanto un avión de alquiler. A las diez de la noche, me encontraba volando rumbo a Odessa.

CAPÍTULO VIII

Era un aparato rapidísimo. En hora y cuarto me dejó en el aeródromo de Odessa.

Por supuesto, no era realmente un aeródromo ni tampoco se trataba de un avión, pero los nombres seguían conservándose porque, a fin de cuentas, las funciones eran las mismas. Pagué al piloto, añadí una sustanciosa propina y un taxi me condujo al Hotel Ucrania.

A las doce y media dormía a pierna suelta. Si lo que había dicho el guardia era cierto, estaría libre de Nadyna durante quince días.

Por la mañana desayuné. Calculé que Stolipine acudiría a su trabajo, de modo que decidí pasar el día visitando la ciudad. Cerca de las cinco de la tarde, me dirigí en busca de la calle Krassnaia.

El número 8 era una inmensa casa de apartamientos. En el vestíbulo encontré el correspondiente, al ingeniero Stolipine.

Minutos después, abría la puerta del piso. No con la propia llave, desde luego, pero tampoco voy a poner al descubierto alguno de los métodos que usamos los A.S.I.

Elegí un buen sillón y me senté a esperar.

Stolipine llegó cerca de las seis. Abrió la puerta y se dio casi de narices contra mi pistola.

— Me llamo Simón Webster—dije—. Siéntese, Igor; tenemos que hablar.

El ucraniano se quedó pálido en el acto. Le costó casi un minuto reaccionar.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

— Simón Webster.

— Ese nombre no me dice nada.

— ¿Y la pistola? Todavía no se ha sentado, Igor.

El ucraniano obedeció.

— ¿Qué quiere de mí? ¿Robarme? Gano un buen sueldo...

— Pues mire, puede que sea una buena idea — dije de buen humor—. Soy espía profesional, pero nuestros sueldos son muy bajos, de modo que no le extrañe que le vacíe la cartera para aumentar un poco mis ingresos.

De pronto, levanté el anillo narcótico.

— ¡ Quieto! ¡ Duérmete!

Stolipine se puso rígido casi en el acto. Yo me levanté del sillón y guardé la pistola energética.

Durante unos segundos, estuve tentado de realizar mi interrogatorio aprovechando las propiedades del anillo hipnótico, pero deseché la idea apenas concebida. La hipnosis provocada por ese aparatito sólo es

relativamente fuerte en sentido negativo; es decir, cuando a una persona se le da una orden similar a la que yo había dado al ingeniero o a la que le di a Nadyna respecto a la muerte de Piotr Grundek.

Si se trata de extraer información a una persona, la cosa ya no es tan fácil. Por regla general, el subconsciente siempre está a la defensiva, y en el caso de tipos como yo o como Stolipine, especialmente entrenados para resistir interrogatorios bajo la acción de drogas o hipnotismo, la cosa puede resultar difícil, cuando no un fracaso.

Y a mí no me convenía fracasar, así que tenía que usar la cabeza. Más la de Igor que la mía, claro.

Lo primero que hice fue sacar el encendedor-conmutador. Después extraje de un bolsillo algo que parecía una cajita del tamaño de un paquete de cigarrillos. Manipulé en el encendedor y levanté la tapa de la caja.

Inmediatamente, se agrandó al volver a nuestra dimensión y dejó ver en su interior el casco aquel que me había servido para «fotografiar» la cara de Grunek.

Se lo puse a Igor y bajé las gafas, colocándoselas ante los ojos. Manejé luego los conmutadores correspondientes y le hice situarse ante un trozo de pared liso y despejado de elementos decorativos.

— ¿Igor?

— Dígame, señor Webster — contestó el ingeniero con voz opaca.

— ¿Qué sabes de los planes de invasión de Quenaria?

Stolipine calló. Su subconsciente se resistía a dar información.

— Está bien, no hables si no quieres — dije. Toqué un botón en el casco—. Proyecta sobre la pared la imagen de la persona que sepa algo sobre el asunto.

Un rostro femenino apareció de pronto en el muro.

— ¿Quién es esa beldad? — pregunté.

— Tomasina Eira.

— Y... ¿quién es la señorita Eira?

— Su esposo se llamaba Will Eirn.

— Ah, de modo que es viuda.

— Sí.

— Bien, pero ¿qué relación tiene con este asunto?

— Su esposo construyó la casa donde están los planes de invasión.

— ¡ Hola! — dije —. De modo que es la viuda del ingeniero que se mató al terminar la fortaleza.

— Sí.

— ¿Dónde vive?

— No lo sé.

— ¿Cómo? ¿Conoces a la señora Eirn... y no sabes dónde vive?

— Debió de mudarse a raíz de la muerte de su esposo. La escribí,

dándole el pésame, y me devolvieron la carta con el indicativo de «Dirección desconocida».

Apreté los labios. La respuesta de Stolipine, de cuya sinceridad no cabía dudar, era un contratiempo.

Contemplé la imagen reflejada en la pared. Era una hermosa mujer, rubia platino, de unos veintisiete o veintiocho años de edad. Calculé que su viudedad sería pronto consolada por alguien ansioso de conducirla de nuevo por el camino de la dicha.

Pero yo tenía en el bolsillo una lista de colaboradores, a los cuales pondría como sabuesos tras la pista de Tomasina Eirn. A mi entender, era el mejor medio de alcanzar mi objetivo.

— Gracias, Igor: ha resultado una información muy...

En aquel momento, se oyó jaleo en la calle.

Aulló una sirena. Sonaron chirridos de frenos.

Corrí a la ventana y aparté ligeramente las cortinillas. La calle estaba repleta de guardias armados, que se disponían a cercar el edificio.

Ya no cabía duda. Me buscaban a mí.

El G.E.M. tenía largo el brazo y gente con cabeza que pensaba. Si daban conmigo, mi suerte era fácil de adivinar.

No podía escapar de allí. Mi propulsor individual podía permitirme saltos de cuarenta metros. Insuficiente.

Tenía que darme prisa si quería salvar el pellejo. Agarré el casco y se lo quité, volviéndolo a la caja. La imagen de Tomasina Eirn desapareció inmediatamente de la pantalla.

— Olvida todo, Igor — ordené.

Los efectos de la orden durarían, como en el caso de Nadyna, de seis a ocho días. Tenía bastante.

Coloqué la caja en un extremo de la habitación, junto a una estantería con libros. Luego me puse el casco, pero dejándolo neutro, esto es, sin actividad.

A continuación, metí los pies en la caja. Manejé el encendedor y me largué a otra dimensión.

La caja se redujo de tamaño increíblemente en el mismo momento en que alguien empezaba a aporrear la puerta de la casa. Aguardé con los nervios en tensión.

El ruido, desde la otra dimensión, parecía llegar de un punto infinitamente alejado. Por supuesto, no vi a los guardias ni tampoco pude entender lo que hablaban; los sonidos me llegaban completamente distorsionados y hasta en ocasiones se alejaban hasta dejarse de oír.

Estuve allí unas cuantas horas. Al fin, entendí que el camino quedaba despejado y regresé a la dimensión normal.

La casa de Igor estaba vacía.

Era indudable que se habían percatado de su estado de hipnotismo y se lo habían llevado a algún lugar donde los médicos pudieran volver su mente a la normalidad. Por mucho que se esforzaran, sin embargo, no conseguirían revocar mi orden de olvido.

Salí de la casa. Era ya de noche cerrada.

En la puerta había dos guardias armados.

— Soy el espía — dije con naturalidad.

Los sujetos dieron un bote y me apuntaron con sus rifles energéticos. Mi anillo narcótico entró una vez más en funciones.

— Olvídenme, chicos — ordené, a la vez que pasaba entre ellos como si fuesen dos figuras de adorno.

* * *

El colaborador más cercano respondía a las cifras de código RR-21 y residía en Lisboa. Allí llegó un sujeto llamado Henry Motter, quien no era otro que un servidor de ustedes.

Me alojé en un hotel situado sobre la ribera del río Tajo. Estaba satisfecho, aunque de una manera moderada. Las cosas progresaban, pero no tanto, sin embargo, como hubiera sido de desear.

Después del oportuno descanso y tras un baño confortador, me vestí y pasé a la habitación. Antes de visitar a RR-21 quería contactar con él visofónicamente.

Me senté ante el aparato y marqué un número. A poco, se iluminó la pantalla y apareció en ella la cara de un sujeto de unos cuarenta años, moreno, cetrino, de expresión simpática.

— ¿Dígame? — preguntó.

—¿Señor Soares?

— Sí, yo mismo.

— ¿«Recibió rápidamente los veintiún» kilos de papel de embalaje que me había pedido?

— Sí, han llegado en perfecto estado.

— Ahora dispongo de «mil piñas», a «cuatrocientos» solares la caja. ¿Le convienen?

Como el lector podrá apreciar, aquellas frases no eran sino una contraseña de reconocimiento. Con una de ellas comprobaba que él era RR-21 y con la otra le expresaba mi cifra de código: M.P.400.

— Por supuesto — contestó Soares —. Venga a verme a mi domicilio y trataremos del asunto.

— Acabo de llegar. ¿Qué hora será la más conveniente?

— Las siete y media. Luego podremos cenar juntos; los asuntos de negocios se tratan siempre mejor delante de una buena fuente de asado.

— ¡Magnífico! ¿Qué restaurante me recomienda?

— El «grill» del «Lusitania» tiene fama de hacer los asados como nadie.

— Perfectamente, señor Soares; allí estaré a las siete y media en punto.

Corté la comunicación y consulté el reloj. Eran las cinco y cuarto de la tarde, hora local. Tenía tiempo de sobra.

Ya no quise moverme de mi habitación. A las siete, pedí un taxi y cuando estuve en el vestíbulo le ordené que me llevase al «Lusitania».

Llegué veinte minutos más tarde. Un atento maestresala me salió al encuentro.

— Estoy citado con el señor Soares — manifesté.

— Sí, señor; ha reservado ya mesa para dos. Haga el favor de acompañarme, señor.

El maestresala me acomodó en uno de los mejores lugares. Pedí un aperitivo y esperé.

A las ocho de la noche, RR-21 no había dado señales de vida.

Media hora después, me levanté. Estaba seguro de que a Soares le había ocurrido algo.

— Es incomprensible el retraso del señor Soares — aseguró el maestresala, desconcertado y compungido.

— En todo caso, dígale que me hospedo en el «Evora» — indiqué, a la vez que ponía en la mano del sujeto una moneda de cincuenta solares.

El maestresala me dedicó una profunda reverencia. Yo tuve que marcharme del «Lusitania» sin haber podido comprobar la fama de sus asados.

CAPITULO IX

Frente a la casa de RR-21 había una taberna.

Pedí un bocadillo y un vaso de vino. Comí junto a la ventana, observando la casa sin cesar.

En el cuarto piso había una ventana que permaneció largo rato encendida. En ningún momento pude ver la silueta de una persona pasando por delante de la ventana.

Terminé el bocadillo y aboné su importe. Me disponía a salir de la taberna cuando, pronto, en la acera de enfrente se paró un taxi.

Una mujer se apeó. Abrió el bolso, pagó la carrera y se dispuso a entrar en la casa.

¿Adivinan quién era? ¡Qué chica más lista! ¿Quién le había dicho que yo iba a parar en aquel lugar?

La asiduidad de Nadyna Vilar empezaba a fastidiarme. Iba a ser cosa, me dije, de quitármela de en medio de una vez.

Dejé pasar un par de minutos. Luego crucé la calle y entré en la casa.

Cuando llegué al cuarto piso, la vi inclinada, forcejeando con la cerradura. Sonreí.

—Si me lo permite, lo haré yo mismo — dije.

Nadyna se volvió, viva como una centella. Una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

— Simón.

— El mismo que viste y calza. ¡Qué casualidad!, ¿eh?

Sus hermosos ojos centellearon de ira.

— ¡Miserable! ¡Hacerme aquella canallada...!

— ¿Qué quiere? — me encogí de hombros—. En determinadas ocasiones, me gusta la soledad.

— ¿No podía haberse deshecho de mí de otra manera más digna? ¡Acusarme de... de...!—Se ahogaba de indignación—. Un día me la pagará, se lo juro.

Por fortuna, la hora era un tanto avanzada, el corredor estaba desierto y tanto ella como yo, teníamos buen cuidado de no alzar la voz.

— En la guerra y en el amor...—dije con sorna.

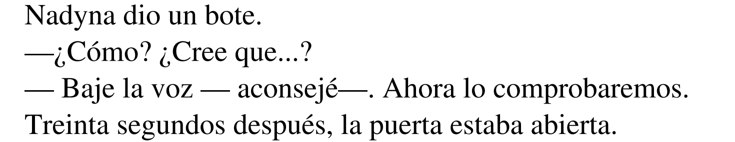
— Aquello no era amor.

— Pero era guerra — sonreí—. Y, dígame, Nadyna, ¿también tiene que vigilar al dueño de este piso por encargo de Vria de Vrianor?

Nadyna prefirió callar.

Yo dije:

— Ah, sí, ya lo sé. Viene a venderle pastillas para la tos. Mal asunto es este, tratar de curar la garganta a un tipo cuando ya se la han cortado.



Nadyna dio un bote.

—¿Cómo? ¿Cree que...?

— Baje la voz — aconsejé—. Ahora lo comprobaremos.

Treinta segundos después, la puerta estaba abierta.

— Pase — dije.

— Usted primero — indicó ella, desconfiada.

Me eché a reír. Crucé el umbral. La casa parecía desierta.

Pero Soares estaba. Muerto, claro, como me había supuesto.

Su aspecto no tenía nada de agradable. Le habían lanzado la descarga energética en plena cara.

Estaba caído al pie de su cama. Junto a él, se veía una pistola.

Saltaba a la vista. RR-21 había intentado defenderse, pero no había tenido tiempo. Su asesino había sido más rápido que él.

Nadyna ahogó un gemido de horror y se volvió.

— Es espantoso — murmuró.

— Es la guerra — dije yo.

Me arrodillé junto al cadáver. El G.E.M. tiene el brazo muy largo, era preciso reconocerlo.

Al cabo de unos instantes, me puse en pie. Sobre la mesilla de noche divisé un diario.

En el borde había escritas unas cuantas palabras. Las leí con atención.

Lex Shoulton, 423 Chermyn St., Norfolk, West Virginia.

Por lo que yo recordaba, ninguno de mis colaboradores había adoptado el seudónimo. ¿Un agente del G.E.M.?

Cerca de Norfolk tenía otro colaborador. Él podía investigar acerca de Shoulton. Si la cosa merecía la pena, yo me desplazaría hasta allí.

— Nadyna — llamé.

— Dígame, Simón — contestó ella.

— Tenemos que irnos.

— Sí, cuando quiera.

Abandonamos la casa. Durante un rato, caminamos a pie.

De súbito, se me ocurrió una idea.

RR-21 había sido asesinado. Era evidente que alguien conocía su vinculación a nuestra organización.

Pero si conocía a Soares como A.S.I... también conocería al otro colaborador... y a todos los restantes.

Había que dar la alarma inmediatamente o se produciría una matanza.

— Tengo sed — dije con naturalidad.

— Yo también — contestó ella.

Una taberna de buen aspecto nos salió al paso. Entramos y nos dirigimos al mostrador.

Nadyna pidió agua tónica. Yo encargué un buen vaso de oporto.

— Voy a lavarme las manos — dije, después del primer sorbo de vino.

Entré en uno de los reservados del lavabo y alcé la vista hacia un ventanillo que tenía a dos metros del suelo. Era el lugar indicado para lo que yo quería hacer.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un transmisor de radio más pequeño que una caja de cerillas. Estiré la antena, que mediría escasamente veinte centímetros y, pegando los labios al aparato, dije:

— Habla M.P. 400. Situación de «Alarma 3». Repito: Situación de «Alarma 3». Actúen según instrucciones. «Alarma 3»... «Alarma 3»...

Luego hice presión en una de las esquinas y coloqué el aparatito en el ventanillo, de modo que nadie lo pudiera ver, al menos en los primeros momentos.

El transmisor repetiría mis palabras durante veinticuatro horas. Era tiempo más que suficiente para que todos mis colaboradores captaran la señal y se pusieran en situación de «Alarma 3».

«Alarma 3» era, sencillamente, que la red había sido descubierta y que tenían que desaparecer por sus propios medios.

¿Cuántos quedarían tendidos en su sitio?

Era imposible calcular. Una cosa sí había segura: el G.E.M. nos había asestado un buen golpe.

Y yo me había quedado solo y sin colaboradores en la Tierra.

La cosa no era como para animar a cualquiera. Pero no por ello iba a desistir de mi misión.

Abandoné el lavabo. Cuando llegué al mostrador, vi que Nadyna no estaba allí.

Aguardé unos momentos, pensando en que ella también podía haber ido a los aseos. Cuando transcurrió un cuarto de hora, empecé a pensar en lo peor.

El tabernero estaba hablando con un amigo. Agité la mano para llamar su atención. El hombre vino hacia mí de inmediato.

— ¿Señor?

— Entré con una señorita — dije —. ¿Sabe dónde está?

— Se ha marchado — contestó el hombre.

— ¿Sola?

— Oh, no. Vino un amigo suyo, charlaron un poco y luego se fueron.

— No le dirían adonde, por supuesto.

— No, señor; pero ella me encargó que le devolviese los cien solares que le prestó esta tarde. Aquí los tiene, señor.

De momento no dije nada y me guardé la moneda. Yo no había prestado a Nadyna un solo centavo. ¿Por qué me dejaba ella una moneda de cien solares?

Indudablemente, no lo había hecho sin un motivo poderoso. Pronto lo

averiguaría.

Dirigí al hombre una cortés sonrisa y aboné la consumición. Luego salí a la calle, dispuesto a regresar al hotel.

* * *

Que Nadyna había sido secuestrada, era de lo que no cabía duda.

La identidad de sus raptores era también fácil de adivinar. Lo que ya no tenía nada de fácil era conseguir averiguar el lugar al que había sido llevada.

Pero ella era una chica lista, indudablemente. La moneda de cien solares así lo demostraba.

Era un disco de plata grande, de siete centímetros de diámetro y sección ligeramente lenticular. En la soledad de mi habitación lo estudié detenidamente durante algunos minutos.

Saqué otra moneda análoga y las sopesé detenidamente. La de Nadyna parecía algo más ligera, lo cual indicaba que había un hueco en su interior.

¿Debía romperla para ver lo que contenía?

Me acerqué el disco a la oreja. No se oía nada.

Durante largo rato, estuve contemplando la moneda con aire de perplejidad. Si era un detector y lo rompía, perdería la pista de la chica.

Y si no lo hacía, podía perderla también. El dilema resultaba descorazonador.

De pronto, sé me ocurrió que en la maleta extratemporal tenía la solución. Minutos después, ya la había abierto.

Extraje uno de los numerosos aparatos que había traído conmigo. Sustancialmente, era una caja oblonga, de unos doce centímetros de largo, por siete de ancho y cuatro de grueso. Tenía una antena compuesta por seis círculos concéntricos, sostenidos por un vástago. Apreté el conmutador y empecé a pasear la moneda a poca distancia de la antena.

Sonó un suave «pip», que se repitió con suavidad medio segundo más tarde. Respiré, aliviado, contento de no haber intentado romper la moneda.

Moviendo la moneda a derecha e izquierda, conseguí que los pitidos sonaran más fuertes. Cuando alcanzaron el máximo de intensidad, entendí que ya conocía la dirección correcta para alcanzar a la muchacha.

La dirección, sí, pero no la distancia... porque podía hallarse en los antípodas.

De todas formas, menos era nada. Abandonando la idea de echarme a dormir, recogí todo menos el localizador y me dispuse a rescatar a Nadyna.

* * *

Estaba a punto de amanecer. Llegar al lugar donde se hallaba Nadyna me había costado casi toda la noche.

Era una casa solitaria, situada a treinta kilómetros de Lisboa. Tendido en el suelo, la contemplé a la imprecisa claridad que precede al alba.

Los pitidos del localizador eran fuertes y sostenidos. Al cabo de unos momentos, me dispuse a entrar en el edificio.

Avancé una docena de metros. De pronto, un ligero hormigueo me cosquilleó en todo el cuerpo.

Mi escudo de energía se aproximaba peligrosamente a una barrera eléctrica de alta tensión. Si daba un paso más, me convertiría en humo, por la reacción conjunta y contrapuesta de ambos elementos.

Retrocedí dos pasos. La barrera era aérea, quiero decir que estaba tendida sin cables. ¿Qué altura alcanzaba?

Agarré una piedra y la tiré a cuatro metros de altura. La piedra cayó al otro lado sin novedad.

Tenía, pues, que saltar por encima de los cuatro metros. Con mi propulsor individual no había problema.

Instantes después, me hallaba al otro lado de la barrera. No había tapia, pero sí bastante vegetación en las cercanías de la casa. Oculto entre los arbustos, me acerqué corriendo al edificio y me paré a poca distancia de la puerta.

Dos sujetos, armados ambos con rifles energéticos, salieron en aquel instante. Parecían alarmados.

Era evidente que yo había puesto en funcionamiento algún sistema de alarma silenciosa. Todo no lo puede salvar uno, caramba.

Pero lo que sí era cierto es que aquellos dos guardias me cerraban el paso.

CAPÍTULO X

Aguardé unos instantes, oculto tras unos arbustos. La claridad aumentaba rápidamente.

Uno de los guardias se decidió, al fin, a abandonar la casa. Le oí decir algo a su compañero, aunque no entendí muy bien sus palabras.

Contuve el aliento. El guardia se alejó paso a paso de la puerta. Su compañero quedaba allí, fusil al puño, vigilando fieramente el espacio frontero a la casa.

Lentamente, saqué mi pistola. Era hora de dejarse de consideraciones. Moví una ruedecilla situada a la izquierda, justo encima de la empuñadura. Era el mecanismo de repetición automática.

Ahora, el arma podía lanzar cien descargas en diez segundos. Apunté a la puerta y presioné el gatillo durante medio segundo.

El guardia fue levantado del suelo por la potencia de los impactos, que lo lanzaron a unos pasos de distancia, convertido en un guiñapo humano.

El otro se revolvió velozmente, sólo para darse de bruces con una serie de descargas, que lo catapultaron a diez metros de distancia, entre los arbustos. El paso quedó libre.

Corrí hacia la casa. Las descargas hacían un ruido semejante a latigazos. Más hombres aparecieron ante mi vista en el zaguán.

Era una pieza amplia, con suelo de baldosas. Mi pistola entró en acción nuevamente, devastando cuanto se le ponía por delante. Tres terrestres más cayeron sin darse cuenta de lo que les sucedía.

Avancé hacia una puerta abierta que había al fondo. Una voz salió a través del hueco.

— ¡ Webster!

Me detuve en seco.

— ¿Quién es usted? — pregunté.

— Eso no importa. Escuche: tengo una pistola directamente encarada a la cabeza de la chica. Si da un paso más, la dejo seca.

El tipo hizo una corta pausa. Luego añadió:

— Lleva un arma. Tírela inmediatamente.

Soy un A.S.I., lo que significa que cuando se me encomienda una misión debo cumplirla a toda costa. En aquel caso, yo debía haber entrado allí pegando tiros a diestro y siniestro, sin importarme en absoluto la vida de Nadyna... pero el caso es que me importaba.

La pistola hizo un ruido metálico al chocar contra las losas. El hombre dio una orden.

— Avance, Webster. Y recuerde: mi pistola sigue aún apoyada en la sien de la señorita Vilar.

Me asomé a la puerta. Nadyna estaba sentada en una silla y me dirigió una valerosa sonrisa.

El hombre era recio, de mediana estatura, membrudo y con rostro inteligente, y enérgico al mismo tiempo. Un verdadero sabueso del G.E.M.

Sonrió satisfecho.

— Así está mejor, señor Webster — dijo—. A propósito, me llamo Shoulton, Lex Shoulton.

— De Norfolk, Virginia — dije.

— Pero accidentalmente en Lisboa — contestó—. Siento tener que decirle una cosa: su red de colaboradores ha quedado desmantelada. El que no ha muerto, está oculto y usted no podrá encontrar a ninguno.

— Se nota que entre nosotros, los quenarianos, también tenemos traidores — dije.

— Tal vez — sonrió Shoulton—. Lo siento, señor Webster, pero voy a tener que eliminarles a los dos.

Callé un momento. Nadyna, muy pálida, guardaba silencio asimismo.

— La invasión de Quenaria se cumplirá un día u otro — anunció el agente del G.E.M.—. Los planos, por ahora, están bien seguros, aunque no cabe duda de que acabaremos por desenterrarlos y ponerlos en ejecución. No obstante, es cosa que no urge demasiado lo haremos en el momento oportuno.

— Se romperán los dientes — anuncié.

— Palabras, palabras — rió Shoulton —. La invasión es cosa hecha. Y ahora, mis queridos amigos quenarianos...

Shoulton se dispuso a apretar el gatillo. Entonces, de manera inesperada, Nadyna hizo presión con los pies y se lanzó a sí misma hacia atrás, desenfilándose de la amenaza de la pistola,

Shoulton lanzó un rugido de rabia. Durante una fracción de segundo titubeó. Dudaba hacia cuál de nosotros dos encarar el arma.

En casos así, no se puede vacilar. Resulta fatal. Antes de dejarle elegir, yo levanté ligeramente mi pie derecho, sin dejar de tocar en el suelo con el tacón, situándolo en un ángulo de unos treinta grados, y apreté con cierta fuerza.

Una pequeña explosión sonó en la puntera del zapato. Shoulton se estremeció al recibir el proyectil en el pecho.

Alzó la mano y me apuntó con la pistola, mientras su cuerpo sufría una fuerte convulsión. Pero ya no tuvo tiempo; el proyectil estaba envenenado.

Cayó al suelo de bruces y pateó un poco. Eso fue todo.

Nadyna empezó a levantarse y me miró con infinito asombro.

— Francamente, nunca creí salir de ésta — dijo.

— La cosa se puso apuradilla, en efecto—reconocí. Avancé hacia el cadáver de Shoulton y recogí el arma—. Las cosas que es preciso hacer

para vigilar a un hombre por cuenta de una dama celosa, ¿eh?

Nadyna se puso colorada. Le entregué la pistola antes de que pudiera hablar.

— Vigile la entrada — ordené.

— ¿Qué va a hacer usted mientras? — quiso saber.

— Lo que haría cualquier A.S.I. en mi lugar: registrar la casa — respondí.

Empecé mi tarea. Duró dos largas horas.

Nadyna debió de cansarse, porque, cuando terminé, ya se había marchado.

A decir verdad, no lo sentí demasiado.

* * *

Esta vida de agente secreto interplanetario, por muy atractiva que pueda parecer, resulta fatigosa a la larga. Uno no puede descansar apenas, va de hotel en hotel y nunca está mucho tiempo en un mismo sitio.

A mí me gusta la vida hogareña, pero debí de equivocarme al elegir profesión. En fin, cuando uno ya está metido en la máquina y es un diente más de una rueda cualquiera de sus inmensos engranajes, ya no se puede echar para atrás.

De Lisboa volé a Acapulco. Allí estaba Tomasina Eirn, endulzando su viudez.

No es que Shoulton, según pude deducir del registro, tuviese a la viuda en su lista de personas a vigilar. Lo que pasaba era que también había sido bastante amigo del difunto y ella, en contestación a una caria de pésame, se lo había agradecido con una postal desde Acapulco.

La postal databa ya de un mes y tenía en la parte posterior el membrete del Hotel «La Sirena de Plata». Allí era donde debía dirigir mis pesquisas.

Según creía deducir, Tomasina Eirn debía de estar al margen de toda la intriga, por lo que no me parecía probable estuviese vigilada. No obstante, convenía mantener la guardia alta en todo momento.

Cuando llegué a Acapulco, una buena dosis de pasta orgánica había modificado considerablemente mis facciones. Les di un toque moreno, como si viniese de una playa mediterránea, me coloqué delante de las pupilas unas lentillas de color azul y mi pelo tomó un tono casi blanquecino, a fuerza de rubio. Así transformado y bajo el nombre de Ole Gregson, era punto menos que imposible que nadie me reconociese.

Un mozo se hizo cargo de mis maletas hasta la recepción. Firmé en el registro, puse el turismo como motivo de mi visita a la ciudad y luego subí a la habitación que me había sido asignada.

Por el momento, juzgué conveniente no darme prisa en indagar el

paradero de la bella Tomasina. Ya he dicho que el G.E.M. tiene largo el brazo y no sentía deseos de atraer sobre mí la atención de alguno de sus sabuesos.

Al día siguiente fui a la playa. Estaba llena de gente, y el cincuenta por ciento eran mujeres de una belleza increíble. Extendí la toalla sobre la arena y, parapetado tras mis gafas de color, inicié la primera tanda de mis baños de sol.

De Tomasina Eirn no vi la menor señal. El retrato facilitado por la mente de Stolipine me permitiría reconocerla apenas la viese.

Pero ya había pasado más de un mes desde que envió la postal a Shoulton. ¿Era concebible que pasara allí tanto tiempo, pese a la atracción que indudablemente ejerce Acapulco sobre todos cuantos la visitan?

Pues sí, en el caso de Tomasina Eirn era cierto. Aquella misma noche la vi, cenando en el comedor con un apuesto sujeto que me resultó completamente desconocido.

* * *

Tomasina y su acompañante bailaban muy juntos. Ella no parecía sentir demasiado la viudez. Sentado en una mesa, yo vigilaba discretamente a la pareja, mientras consumía un refresco en un local de moda.

El mar brillaba a lo lejos en la noche de luna llena. La música sonaba suavemente y el olor a flores inundaba el ambiente.

Tomasina parecía sentirse bastante inclinada hacia su acompañante, un guapo mozo que me pareció norteamericano. Sin embargo, la inclinación hacia él no era, me pareció, demasiado acentuada.

Se divertía, nada más. Cada vez que él quería estrecharla en sus brazos con cierta fuerza, Tomasina le rechazaba con cortés firmeza. El hombre sonreía desencantado, pero continuaba alimentando sus esperanzas.

Al cabo de un rato se sentaron en su mesa. Ella se levantó casi de inmediato. Adiviné que se dirigía al tocador de señoras para arreglarse un poco el pelo.

Entonces yo me puse en pie y, con un cigarrillo en los labios, caminé como si fuese a dirigirme a otro sitio en el local. Al pesar junto a la mesa donde estaba el tipo, fingí que se me caía el encendedor al pie de la misma.

Me agaché rápidamente, incorporándome casi en el acto. Como yo esperaba, mi gesto llamó la atención del sujeto.

— Perdón — murmuré.

— De nada — contestó el yanqui. Y casi en el momento, sus ojos se enfrentaron con mi anillo hipnótico.

Rápidamente, le di determinadas instrucciones, ordenándole que, a continuación, adoptase una actitud normal. Giré sobre mis talones y,

mientras el tipo sacudía la cabeza, como si despertase de un sueño, yo regresé a mi mesa.

Tomasina volvió diez minutos más tarde. Continué saboreando pacientemente mi refresco. La viuda Eirn y su caballero seguían la fiesta como buenos amigos.

En aquel momento, noté la sensación de que había alguien en el local que me estaba mirando fijamente. Ello me hizo sentirme incómodo.

Me puse en guardia inmediatamente. Muy despacio, con aire enteramente natural, empecé a escrutar la sala.

De pronto, me puse rígido. ¿Era que no iba a poderme despegar nunca de aquella entrometida que se hacía llamar Nadyna Vilar?

CAPITULO XI

La chica vestía un traje negro, de audaz escote, que parecía una segunda piel adherida a su esbelto cuerpo. Tenía un vaso alto en la mano y me miraba con una rara sonrisa en sus labios rojos.

Me había reconocido, no cabía duda. Pero ¿cómo había llegado hasta allí tan rápidamente y, sobre todo, cómo sabía que era yo, pese a mi disfraz?

Tomasina y el yanqui se pusieron en pie de pronto y ello me hizo despreocuparme de Nadyna por el momento. Dentro de diez, quince minutos como máximo, el yanqui empezaría a cumplir mis órdenes.

Puse un billete sobre la mesa y me levanté. La viuda y su acompañante se dirigían hacia la salida. Yo fui tras ellos, manteniendo, como es lógico, una prudente distancia.

La pareja caminó por las calles bañadas por la luna llena. Yo seguía tras ellos, aguardando pacientemente mi hora.

Al fin llegó en un lugar oscuro y desierto. Escuché ruido de forcejeos, una respiración ansiosa y luego el estallido de una bofetada.

— ¡ Miserable, canalla! ¿Qué se ha creído usted de mí?

— Pero, Tommie... — exclamó el yanqui.

— Váyase, váyase — dijo ella, furiosa por la poco caballeresca actitud de su acompañante.

— Eso nunca — protestó él, abrazándola de nuevo—. Estoy loco por usted y...

La hora de mi intervención había sonado. Salté hacia adelante y agarré al tipo por un hombro, separándolo de Tomasina.

— ¿Qué diablos...? — empezó a decir el tipo.

— Me parece que lo que está haciendo usted no es correcto — le interrumpí fríamente.

— ¡ No se meta en mis asuntos, maldito estúpido!

Y apenas pronunciado el, apostrofe, el yanqui se arrojó contra mí.

Fueron dos golpes soberbios, bien colocados, que bastaron para dejar al tipo con el mismo conocimiento de un trozo de madera. Luego me enfrenté con la bella.

— Señora, créame que me siento muy feliz de haber podido intervenir en su ayuda — dije—. Ole Gregson, a sus órdenes.

Tomasina sonrió, evidentemente complacida.

— Le estoy muy agradecida, señor Gregson — contestó—. Ese tipo me atacó súbitamente y...

— Los hay que no pueden resistir siquiera el olor del alcohol — dije desdeñosamente. Y agregué —: La hora es un tanto avanzada y no

demasiado conveniente para que una dama vaya sola por las calles. Me sentiría muy honrado si me permitiese acompañarla a su residencia.

— Mil gracias, señor Gregson — aceptó ella—. Me llamo Tomasina Eirn y me hospedo en «La Sirena de Plata».

— ¡Qué casualidad, qué magnífica casualidad! — exclamé—. También yo me hospedo en el mismo hotel. Estoy pasando unos días de vacaciones y...

Ofrecí mi brazo a la dama. Ella lo aceptó de inmediato, aunque se sintió preocupada por su ex-acompañante.

— Recobrará el conocimiento dentro de unos minutos— dije, con aire de entendido.

— Espero que luego tenga la suficiente discreción para no dirigirme más la palabra durante el resto de mis días — declaró Tomasina rotundamente.

* * *

Cuando entré en mi habitación, lo primero que oí fue una risita sarcástica y después una voz harto conocida.

— Oh, el galante caballero, defensor de mujeres desvalidas. ¡Qué ardid tan estupendo para entrar en contacto con la bella señora Eim!, ¿no es cierto?

Me quité la chaqueta y la arrojé sobre la cama. Nadyna estaba sentada en un sillón, con un cigarrillo encendido en su mano derecha y las piernas cruzadas. La derecha se balanceaba ligeramente adelante y atrás.

— Eres un magnífico sabueso — dije, desdeñando todo tratamiento ceremonioso—. ¿Cómo conseguiste localizarme?

— Si te lo digo, sabrás tanto como yo y eso no me conviene — respondió ella, impertérrita.

— Secretos del oficio, ¿eh?

— Así es, Ole Gregson.

— Debes de ser una detective estupendo, cuando me has reconocido con esta nueva fisonomía.

— Vria de Vrianor sabía muy bien con quién se gastaba los cuartos — dijo Nadyna—. ¿Le cuento tu aventura con la bella Tomasina o prefieres que calle?

— Nadyna, ¿por qué no dejamos de lado las ficciones y encaramos las cosas con absoluto realismo?

— ¿Qué quieres decir? — me preguntó.

— Simplemente, que no creo en absoluto tu historia.

— Ah, de modo que opinas que no soy detective privado.

— Justamente.

— Vria de Vrianor te dio una buena prueba de ello...

— Acordada por alguien que puede hacerlo. Me gustaría saber, incluso, si Vria fue la persona que recibió aquel mensaje.

— ¿Por qué no se lo preguntas otra vez?

Hice un gesto con la mano.

— Oh, no perdamos el tiempo, Nadyna. Confiésalo de una vez; eres una A.S.I., como yo, así de sencillo— dije.

— ¿Y si lo fuera?

— Si lo fueras, dejarías de obstaculizar mi misión.

— ¿Te he estorbado en algo?

— Me pones nervioso cada vez que te veo.

Nadyna soltó una risita.

— El valeroso Cuatrocientos, nervioso ante la vista de una dama — dijo burlonamente —. Es lo más gracioso que he escuchado en los días de mi vida.

— Puedes reírte todo lo que quieras — refunfuñé—, pero esto no es cosa de broma. ¿O no lo viste con Shonltar?

Ella se puso seria de repente.

— Lo pasé muy mal, créeme. Gracias a ti...

— Sí, sí, ya lo sé. Estoy salvándote de apuros cada vez que te veo. ¿Cuál será tu próximo mal paso?

— ¿Y el tuyo? —preguntó ella.

— ¡Cómo! ¿Te atreves a decir que yo...?

Nadyna consultó su reloj.

— Son casi las cuatro de la madrugada. ¿Todo este tiempo, desde las doce y media lo has pasado junto a Tommie Eirn?

— ¿Te molestaría mucho que contestase afirmativamente?

Ella se mordió los labios.

— A decir verdad, sí — murmuró.

— Pues ya puedes ir resignándote, porque he causado en Tommie una magnífica impresión y pienso estar a su lado mucho tiempo — declaré tajantemente.

— ¿Lo consideras necesario?

— Sí — afirmé.

— ¿Por qué?

— Por la sencilla razón de que ella es la única persona que me puede conducir al lugar donde están guardados los planes de invasión de la Tierra — repliqué en tono que no admitía lugar a dudas.

* * *

Tomasina y yo estábamos tendidos en la arena. Ella tenía el cuerpo

completamente moreno. Le había costado bastantes semanas, mientras que yo debí recurrir a los productos de nuestros laboratorios.

— Querida — dije—, aquí hay mucha gente.

— Sí — suspiró Tommie—, demasiada gente.

— ¿Cuándo vuelves a tu país? — pregunté.

— No lo sé todavía. A veces, me siento tan afectada por... por aquel accidente tan espantoso... Ya te lo he contado, ¿no?

— Sí, claro. Debiste de padecer mucho, ¿verdad?

— Por favor, Ole, no me lo recuerdes...

Tomé su mano y deposité en ella un suave beso.

— Perdóname, cariño — susurré.

Ella se estremeció suavemente. Volvió la cabeza y me dirigió una larga mirada.

— Tienes razón — musitó—. Hay demasiada gente.

— Si encontrásemos algún lugar... menos poblado...!

— ¿Y dónde, querido? En esta época del año, los turistas lo invaden todo.

— Bueno, algún pueblecito del interior...

Tommie hizo un gesto de desagrado.

— Suciedad, moscas, perros y gallinas por las calles... Por favor, Ole, no me lo sugieras.

— Queda retirado — dije sonriendo.

Callamos un momento. De pronto, me di cuenta de que Nadyna estaba tendida en la arena a diez o doce metros de distancia.

Tommie y yo hablábamos muy bajo, pero yo sabía que ella estaba escuchando íntegramente nuestra conversación. A mí no me interesaba, como es de suponer.

Ya empezaba a hartarme de que nos siguiera a todas partes como un perro faldero. Me puse un cigarrillo entre los labios y luego busqué el encendedor.

Un segundo después, Nadyna lanzó un ligero gritito, se sentó en la arena y se arrancó el audífono con gesto vehemente. El agudo silbido emitido por mi interferidor había estado a punto de romperle el tímpano.

Dejé el interferidor en la misma posición. Nadyna ya no podría seguir escuchándonos.

Porque, además, no lo hacía solamente por cumplir una misión, sino por motivos estrictamente personales. Y esto era lo que menos me gustaba de todo.

Nadyna me dirigió una furiosa mirada. «Canalla», deletreó con los labios.

Volví a reclinarme plácidamente en la arena. A partir de aquel momento, Tommie y yo podríamos hablar con toda tranquilidad de

nuestros asuntos, sin temor a ser escuchados por oídos indiscretos.

De pronto, Tommie dijo:

— Cariño, se me ha ocurrido una idea.

—¿Sí? ¿Es interesante?

— Me parece que sí, aunque...

— Bueno, habla — pedí, al ver que se interrumpía—. Si no es buena, no te morderé, no te preocupes.

— Eres un encanto — rió ella—. Oye, mira, mi... bueno, mi marido había construido una casa para de... ¿comprendes?

— Sí, desde luego. Continúa.

— La casa está en un paraje encantador, en las montañas de mi país... Luego te lo indicaré en un plano... Podríamos ir allí, ¿no te parece?

— ¡Espléndido!

— Pero hay un inconveniente, Ole.

— Dime, cariño.

— No está amueblada. No tuvimos tiempo de hacerlo.

Rápidamente tomé una decisión.

— Oh, eso no importa. Soy decorador profesional, ¿no lo sabías?

— ¿De veras? Eso es estupendo, cariño...

— Mira — propuse—, podemos ir a ver tu casa y cuando yo me haya hecho cargo de su distribución interior, estudiaré la decoración. Te haré un proyecto y tú puedes introducir en él las modificaciones que mejor te parezcan. El toque femenino, ¿comprendes?

Tommie cogió mi mano.

— Ole, creo que he dado por fin con el hombre que esperaba — murmuró suavemente.

Y yo asentí. Estaba contento, pero no por lo que acababa de oír a Tommie, sino porque aquella era la mejor manera de llegar al fondo del asunto.

O Tommie me llevaba al sitio que yo quería o yo era un idiota.

Y los idiotas, dicho sea sin falsa modestia, no han sido nunca A.S.I.

* * *

El coche rodaba regularmente por un escabroso sendero de montaña, no lejos de la frontera mejicana. El paisaje era ciertamente muy atractivo, y no había perdido nada de su salvaje grandiosidad. Profundos cañones y elevados riscos surgían casi a cada revuelta del camino, completamente solitario a excepción de nosotros.

— La próxima vez que vengamos alquilaré un aeromóvil — dije.

— Es más cómodo, ciertamente, pero no se disfruta tanto del paisaje — contestó Tommie.

— Bien, mirado, no tenemos ninguna prisa, ¿verdad?

Ella me dirigió una lánguida mirada. Luego apoyó la cabeza en mi hombro.

— ¿Es cierto que has traído la tienda para acampar esta noche cerca de mi casa? — preguntó.

— He traído tienda, sacos de dormir, provisiones, bebidas... todo lo que podamos necesitar—contesté.

Tommie lanzó un profundo suspiro.

— Será maravilloso, ya lo verás — dijo —. Hay muchos árboles, una cascada, un pequeño estanque natural cerca de casa... y soledad, mucha soledad...

— Eso es lo que más interesa de todo — sonreí.

— Hace mucho tiempo que no he estado allí — confesó la joven—. Mi esposo me trajo una vez, para fines de semana y vacaciones...

— Sí — murmuré.

— Luego pareció abandonar el proyecto, pero es que quería darme una sorpresa, ¿sabes? Cuando menos lo esperaba, me dijo que ya tenía lista la casa. Yo quise ir a verla, pero él alegó que debía esperar a que estuviese terminada del todo, pues faltaba la decoración y...

Súbitamente, al revolver una curva del camino, nos dimos de manos a bruces con un obstáculo que nos cerraba el paso.

Era una barrera policial. Un agente, con camisa de color café y sombrero de anchas alas, nos hizo señas de que nos detuviéramos.

Había dos aeromóviles policiales parados a ambos lados de la carretera, bloqueándola por completo. Tres agentes más permanecían a prudente distancia, contemplándonos con mesurada curiosidad, pero con las manos al alcance de las culatas de sus pistolas energéticas.

Tommie se alarmó.

— ¿Qué pasa, Ole? — preguntó.

— Ahora lo veremos — respondí ceñudamente, dispuesto a abrirme paso a tiros, si era necesario.

CAPITULO XII

El guardia se acercó a nosotros y realizó un cortés saludo.

—Perdonen— dijo—. Documentación, por favor.

Procuré mantener la compostura.

— ¿Sucede algo, agente? — preguntó.

— Se han escapado dos presos de la penitenciaría de Yuma, después de matar a un guardián, y huyeron apoderándose del aeromóvil de suministros. Son unos tipos peligrosos y van armados.

Saqué mi tarjeta de identidad y se la enseñé, así como el pasaporte con el escudo real de Noruega.

— Bueno, pero si viajan en un aeromóvil, no hay motivos para bloquear los caminos terrestres — dije, sonriendo.

— Es que el aeromóvil andaba ya corto de combustible. Su conductor se disponía a repostarlo, cuando fue atacado y... — Me devolvió los documentos—. Muchas gracias, señor Gregson.

Dirigió una amplia sonrisa a Tommie.

— Señora... — murmuró. Y luego dijo —: Pueden seguir. Muchas gracias.

— A usted, agente — contesté.

El hombre hizo un ademán con el brazo.

— Déjenlos pasar — exclamó.

Las barreras fueron apartadas a un lado. Aceleré, manejando con una sola mano, mientras que con la otra me insertaba en la oreja izquierda un audífono semejante al que Nadyna empleaba para espiar mis conversaciones.

Mi preocupación resultó acertada. Apenas doblamos la siguiente curva, sonó una voz en mi oído.

Era la del jefe de la supuesta patrulla policial.

— Habla «Roca 20» — dijo—. La pareja acaba de cruzar.

— «Piedra Uno» a «Roca 20». Está bien, déjenlos que sigan. No se preocupen de más.

— «Roca 20» a «Piedra Uno». Sugiero conveniencia seguirlos...

— Olvídelo — dijo el desconocido en tono imperativo—. He dicho que no se preocupen de más. En todo caso, si siguen adelante, se llevarán una sorpresa... y de las buenas.

— Pero ella es la viuda de...

— «Roca 20», si vuelve a insistir le destinaré al servicio de higiene. Eso es todo. Corto.

— Bien, «Piedra Uno». Terminado y corto — se resignó el policía.

De modo que nos estaban guardando una sorpresa, ¿eh? Bien, lo tendría

en cuenta.

¿Acaso iban a volar algún risco para aplastarnos con un fingido derrumbamiento de rocas?

El camino pareció nivelarse durante un trecho. De pronto, al doblar un saliente rocoso, Tommie exclamó:

— ¡Allí está! ¡Mírala, Ole! ¿Verdad que es hermosa?

Frené el coche para contemplar el panorama.

Un gigantesco risco se alzaba sobre nosotros, hallándose su base a unos doscientos metros de distancia. La ladera era de suave pendiente y estaba cubierta de vegetación.

Por una hendidura de la parte superior del risco se desplomaba una catarata, que se deshacía a mitad de camino en una nube de vapor. La casa se hallaba oculta casi por completo entre los pinos y abetos de la ladera.

Las aguas de la cascada se arremolinaban al pie, en un gran estanque que se hallaba situado arriba y a la izquierda de la casa. Luego, el sobrante descendía serpenteando por la ladera, hasta saltar por segunda vez a un profundo precipicio que quedaba a la izquierda del camino.

Estábamos rodeados de montañas de una salvaje grandiosidad. El silencio era absoluto y sólo se escuchaba el rumor de las cataratas.

Tommie se apeó de pronto.

Ella inspiró profundamente, a la vez que daba unos pasos hacia adelante.

— Déjame que me llene los pulmones de aire — pidió, suspirando gozosamente —. Es curioso — agregó, como si hablara consigo misma; a pocos metros de aquí fue donde Harry sufrió aquel espantoso accidente...

Me puse rígido. ¿Era aquél el lugar que yo había buscado con tanto ahínco a lo largo de semanas enteras de investigaciones sin fin?

— La verdad, Ole — siguió Tommie, mientras caminaba lentamente —, Harry y yo no nos entendimos nunca demasiado bien.

La cabeza me daba vueltas.

Ahora comprendía por qué el esposo de Tommie no había decorado la casa. O no había querido o se la habían requisado para guardar en ella los planos de invasión.

También cabía la posibilidad de que el G.E.M. hubiera elegido aquel lugar precisamente por su aspecto inofensivo. Pero ésto era algo que no importaba demasiado por el momento.

De pronto recordé las palabras de «Piedra Uno». Había dicho que nos íbamos a llevar una buena sorpresa.

Tommie continuaba hablando sin dejar de caminar paso a paso.

— Harry era un buen chico, aunque, a decir verdad...

Un agudo grito se escapó de mis labios.

— ¡Tommie, vuélvete en el acto!

Era ya tarde. Súbitamente, se produjo un vivísimo chispazo y Tomasina Eir desapareció de mis ojos como si jamás hubiese existido.

* * *

Yo estaba tendido en el suelo, completamente inmóvil, cuando percibí el ligero zumbido del aeromóvil que descendía hacia aquel lugar. Continúe en la misma posición, sin moverme, con la mano bajo el cuerpo, asida fuertemente la culata de mi pistola.

Capté perfectamente el ligero chasquido de las patas del tren de aterrizaje al posarse en el suelo. Luego escuché dos voces masculinas.

— El espía está ahí, jefe — dijo uno.

— Sí, lo estoy viendo.

— ¿Y ella?

— Tropezó con la barrera y se vaporizó. Él ha debido morir a consecuencia de los efectos secundarios de la barrera.

— ¿Un colapso?

— Es lo más probable. De todas formas, no importa. Hemos conseguido cerrarle el paso por fin.

Entonces, con gesto súbito, me senté en el suelo y, a la vez, giré hacia ellos.

Los dos individuos se llevaron una terrible sorpresa. Ello les hizo demorarse en la reacción medio segundo, lo justo para que yo les barriese con sendas ráfagas energéticas que los destrozaron instantáneamente.

Un tercer sujeto se asomó a la escotilla del aeromóvil. Tenía un arma en la mano, pero no pudo utilizarla. Cayó antes de enterarse de lo que sucedía.

Me levanté de un salto y corrí hacia el aparato, asomándome a su interior con debidas precauciones. Ya no había nadie más.

Inspiré profundamente. No sentía en absoluto lo que había hecho. Aquellos desalmados habían permitido que muriese una persona inocente. Tomasina no tenía en absoluto la menor culpa de sus sucios manejos.

Podría ser coqueta, voluble, inconstante y todo lo que se quiera, pero era una buena muchacha. Y, sobre todo, repito, inocente.

Los cuerpos de los hombres del G.E.M. fueron a parar al fondo del precipicio. Luego me senté a los mandos del aeromóvil y lo hice avanzar unos metros.

Cuando estuve junto a la orilla del cañón, salté fuera. El aparato conservó el suficiente impulso para saltar al vacío y estrellarse contra unas rocas situadas a ciento cincuenta metros más abajo.

Atardecía ya. Había pasado unas cuantas horas tendido en el suelo, fingiéndome muerto. Había llegado el momento de actuar.

Abrí el baúl del coche y saqué mi maleta. Ya había elegido el lugar

donde pensaba acampar. Había a la derecha del camino una profunda grieta en la pared rocosa y situé allí la maleta. Me imaginaba que era muy posible que alguien viniese a investigar, al observar la tardanza de «Piedra Uno» y de sus dos compañeros, pero podía trabajar sin dejar de vigilar.

Levanté la vista hacia la casa de Harry Eim, situada a unos doscientos treinta metros del lugar en que me hallaba.

Allí estaban los planos, en un sitio todavía ignorado.

Pero mucho antes, apenas a diez pasos, estaba la primera trampa: el borde externo de la cúpula de energía que ni una bomba de cincuenta megatones sería capaz de romper.

* * *

Saqué de la maleta la primera de las herramientas. Entonces escuché ruido de neumáticos acercándose al camino.

Empuñé la pistola. Me asomé a la grieta. Unos faros encendidos cortaron las tinieblas.

El coche se paró. Una persona saltó al suelo.

— ¿Simón?

Respiré aliviado. Era Nadyna.

— Aquí — dije.

Ella corrió hacia mí y me cogió por los brazos.

— Estás bien — dijo ansiosamente.

— He tenido suerte — respondí.

— ¿Y Tommie?

— Ha muerto. Tropezó con la barrera de energía.

— ¡Oh!

Nadyna se mordió los labios.

— Lo siento — dijo. Y era sincera.

Le di una palmadita en la mejilla.

— Gracias, preciosa.

Ella me miró intensamente.

— ¿Qué vas a hacer ahora, Simón?

— Quiero pasar al otro lado de la cúpula de energía — afirmé.

— Pero no hay forma humana...

— Querida, una barrera de energía es algo prácticamente inviolable por medios ordinarios. Pero siendo uno de los obstáculos más efectivos, tiene, sin embargo, un gran defecto.

— ¿Cuál, Simón?

— Que sólo llega al suelo y su potencia no traspasa ni dos centímetros bajo tierra. A cinco centímetros bajo el suelo, estarías tan segura como lo estás ahora.

— No lo sabía — confesó.

— Yo sí, por algo soy ingeniero... oficialmente, claro—dije sonriendo.

Ella se fijó en la herramienta que tenía en las manos.

— ¿Qué es eso, Simón? — preguntó.

— Una perforadora vibrátil. — Parecía una manguera flexible, con una regadera al final, unida la primera a una mochila que yo tenía sujeta a la espalda—. Actúa por vibración, según una determinada longitud de onda, y disgrega las moléculas del lugar al cual es enfocada.

— Entiendo. ¿Cuándo empiezas a trabajar?

— Ahora mismo — respondí, a la vez que abandonaba el refugio de la grieta. Ella me siguió y al advertirlo, le dije —: No te muevas de mi lado o te convertirás en un relámpago.

— Sí, Simón. He traído conmigo un casco para visión nocturna — manifestó.

— Póntelo; cuatro ojos siempre ven más que dos.

Nadyna lo hizo así. Yo caminé unos cuantos pasos y me situé justo delante de mi coche.

Avanzar más significaba la muerte. Tomasina había muerto a menos de diez metros de distancia. Y, por otra parte, con la perforadora vibrátil más que suficiente.

Me bajé las gafas de visión nocturna y gradué la amplitud de la descarga de vibraciones para setenta centímetros. Bastaba un túnel de dicho diámetro para, arrastrándonos, pasar al otro lado de la mortífera barrera.

CAPITULO XIII

El potente chorro de la barrena arrojó al aire las últimas partículas de tierra que se oponían a nuestro avance. Saqué la cabeza y los hombros fuera del orificio y miré en todas direcciones.

No se advertía la menor señal de peligro. Saqué todo el cuerpo fuera y luego ayudé a Nadyna a salir al exterior.

— Quédate aquí y no te muevas — ordené.

— ¿Adónde vas? — quiso saber ella.

— Tengo en la grieta el resto de los instrumentos. No te muevas, repito.

— De acuerdo.

Regresé al lado externo de la barrera por el túnel. Una vez en la grieta, cargué con el resto del material y, unos minutos después, me hallaba junto a Nadyna.

— Bueno — dije—, ahora comienza la verdadera carrera de obstáculos.

— El suelo debe de estar sembrado de trampas — apuntó ella.

— Por eso iré yo delante. Tú sígueme y pisa justamente donde lo haga yo.

— Entendido, Simón.

Las gafas de visión nocturna nos permitían captar los menores detalles con la misma claridad que si fuese de día. Delante de mí llevaba un detector capaz de registrar la menor alteración en la composición geológica de las capas del suelo.

Una mina, por ejemplo, alteraría la estructura de la tierra. El detector, además, me indicaría las dimensiones y su potencia destructiva.

Avanzamos treinta metros. De pronto, divisé un bastoncillo que sobresalía medio palmo del suelo.

— Alto, Nadyna — dije.

Me tumbé de bruces a dos pasos del bastoncillo. Pronto pude advertir que había toda una hilera de ellos, separados entre sí por un metro de distancia, formando un enorme círculo en torno a la casa, todavía a doscientos metros de nosotros.

— ¿Una trampa, Simón? — murmuró ella.

— Sí. Quieta, no te muevas.

Había espacio más que suficiente para pasar entre dos de los bastoncillos, pero me imaginé, y cualquiera lo habría hecho en mi lugar, que apenas mi cuerpo presionase el suelo en la línea imaginaria que unía a dos de las Varillas, la trampa se pondría en funcionamiento. Había, pues, que desarmarla, pero... ¿qué clase de trampa era?

— Sólo tengo una solución — dije.

— ¿Cuál, Simón?

— Hacer funcionar la trampa... y que estalle. Eso nos dejará el paso abierto.

Saqué un rollo de cordel fino de uno de mis bolsillos y, centímetro a centímetro me acerqué a uno de los bastoncillos. Nadyna me contemplaba expectantemente, aguantando la respiración.

Poco a poco, con infinito cuidado, hice un nudo y até el extremo del cordel a uno de los bastoncillos. Retrocedí arrastrándome, a la vez que desenrollaba el ovillo y luego me puse en pie.

— Recoge mi bolsa, por favor — pedí.

Nadyna se puso en pie también. Pegada a mí, retrocedió cosa de veinte metros.

Entonces, me agaché, recogí una piedra y la tiré en sentido contrario a nuestro avance.

El chispazo de la cúpula se produjo a diez metros.

— Tenemos cinco o seis de margen —dije.

Retrocedimos todavía esa distancia.

— Al suelo, Nadyna—dije.

Ella obedeció en el acto. Poco a poco, fui tensando el cordel y, de súbito, pegué un fuerte tirón.

Nos quedamos atónitos. No hubo explosión ninguna, contra lo que habíamos esperado.

Lo que sí surgieron del suelo fueron infinidad de surtidores de un líquido blanquecino, que despedía un olor agrio y punzante, poco agradable de respirar. Cada chorro tenía el grosor de una muñeca y su caudal parecía inagotable.

— Ácido sulfúrico — dije.

Nadyna asintió, sumamente pálida. Cada surtidor, por sí, lanzaba al aire la cantidad de ácido suficiente para matar a cuatro o cinco personas.

El suelo quedó literalmente encharcado de ácido sulfúrico. Habíamos destrozado una trampa pero, al mismo tiempo, también había creado una barrera imposible de salvar sin calzado especial.

Las plantas habían desaparecido, abrasadas por el líquido corrosivo. Sería preciso esperar mucho rato a que la tierra empapase por completo el ácido. Pero no disponíamos de tanto tiempo.

— Sujeta bien el saco — dije, a la vez que rodeaba su cuerpo con ambos brazos.

Mi propulsor individual nos llevó al otro lado de los charcos de ácido. Nadyna se sentía mareada por el fétido olor que despedía el sulfúrico.

— Vamos — dijo ansiosamente.

— Calma, las trampas no se han terminado todavía — aseguré.

Hice un ligero cálculo. Si la segunda barrera de trampas estaba a unos treinta y cinco metros de la primera, la tercera se hallaría a una distancia

similar, incluso mayor.

Así se lo dije a Nadyna. Ella preguntó :

— ¿Por qué lo supones, Simón?

— Muy sencillo. Imagínate que la siguiente barrera es de minas explosivas.

—¿Y...?

— La actuación de una barrera no puede interferir la de la siguiente. Las fuentes de sulfúrico deben quedar intactas para una nueva actuación.

— Pero nosotros hemos salvado esa barrera.

— Sí, claro, pero imagínate también que hubiesen sido otros los que intentaran llegar a los planos de invasión y que hubiesen muerto abrasados por el ácido. Hay que dejar la trampa en perfecto estado de funcionamiento, ¿comprendes?

—Sí. Continuemos.

Conté veinticinco pasos a partir de los surtidores de sulfúrico, que ya habían dejado de manar. Luego me tendí en el suelo y empecé a pasear el detector.

A los pocos segundos, capté una solución de continuidad en el suelo.

El sonido que percibía me dijo que la siguiente barrera estaba a unos ocho o diez pasos de distancia, lo cual venía a confirmar mi suposición.

Pero en cambio, no me decía qué clase de barrera era la que nos cerraba el paso.

— Atención, Nadyna — dije—. Otra serie de trampas.

— Cuidado, Simón — gimió ella.

Empecé a reptar con los codos y las rodillas. Por más que me esforzaba, no conseguía ver nada.

De pronto, algo broto silbando de entre las hierbas. Unos finísimos hilos metálicos serpentearon en el aire y, antes de que pudiera aprestarme a la defensa, se enroscaron en mis brazos.

Parecían hilos lanzados por algún arácnido de gran tamaño. Pero eran mucho más sólidos.

Yo me inmovilicé absolutamente. Por instinto comprendí que al menor movimiento que hiciera para desprenderme de aquellos hilos provocaría la explosión... o Dios sabe qué infernal artefacto se pondría en funcionamiento, destrozándonos a ambos sin remisión.

* * *

Nadyna se extrañó de mi inmovilidad y me llamó.

— Simón, ¿qué haces?

Escuché el ruido de su cuerpo al arrastrarse por el suelo.

— Quieta — ordené imperativamente.

Ella se detuvo en el acto. Yo permanecí en el suelo, apoyado en los codos, con las manos ligeramente levantadas.

Los cables estaban enrollados en torno a mis antebrazos y se hallaban sumamente tensos. No me atrevía ni a respirar siquiera.

— Nadyna, estoy atrapado — dije.

— Oh, Dios mío — exclamó ella, casi llorando.

Le expliqué en qué consistía la trampa.

— Tengo alicates — dijo Nadyna.

— Es la solución, pero si te acercas demasiado, saldrán otros cables y te atraparán a ti. Escucha, retrocede unos pasos y busca como sea dos palos o dos ramas, para alargar los mangos de los alicates. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

— Sí.

— Ah, una cosa. Regresa, si tienes que volver atrás, por el mismo camino que hemos seguido. No sabemos si hay trampas laterales. ¿Entendido?

— Descuida, Simón.

Era una agonía tener que permanecer en aquella posición, sabiendo que el menor movimiento podía desencadenar una horrible trampa. El sudor me corría a chorros por la cara, pese a las noches frías de Arizona, pero no podía ni enjugármelo siquiera.

Nadyna tardó treinta interminables minutos en tener preparados los alicates. Entonces le dije:

— Ponte a horcajadas sobre mí, pero no pases de la cintura. ¿Ves bien los cables?

— Sí, perfectamente.

¿Qué habríamos hecho nosotros sin los lentes de visión nocturna?

«Crac... crac», los cables saltaron y mis brazos quedaron libres.

— Retrocede un poco — indiqué—. Voy a seguir. Tú detrás de mí.

— Bueno, Simón.

Avancé unos pasos. No ocurrió nada. Respiré aliviado. No, la vida de un A.S.I. no es tan bonita como algún idiota ha querido pintarla.

Paso a paso, temiendo morir a cada instante, continuamos nuestro camino...

* * *

La barrera de dardos que pasó silbando sobre nuestros lomos cuando rocé inadvertidamente uno de los muchos disparadores que habían ocultos en el suelo...

La faja de minas. Anchura, diez metros. Longitud, todo lo que se podía hasta completar el cerco en torno a la casa. Densidad: seis minas por metro

cuadrado.

Eran muy pequeñas, pero su misma increíble abundancia las hacía mortales. ¿Cuánto nos costó abrir un paso en aquella temible barrera?

Cuando hubimos cruzado al otro lado y ya en relativa seguridad, disparé una descarga energética. Había casi doscientos metros de barrera, lo que significaba una faja de dos mil metros cuadrados. Doce mil minas formaron el más fantástico caballete de fuegos artificiales, que me había sido dado a contemplar hasta entonces, al explotar casi simultáneamente.

Saqué la lengua, me burlé de un enemigo invisible y continué el avance.

La faja de puñales envenenados. Estaban ocultos en el suelo, pero salieron instantáneamente apenas pisé el mecanismo de disparo.

Tuve que emplear un soplete para fundir el metal. Había tantos puñales con las puntas hacia arriba que, literalmente, no se podía pisar el suelo. El soplete fundió el metal y así pudimos pasar.

Pero esto no se hizo sin un consumo enorme de tiempo. Cuando llegó el nuevo día, nos hallábamos extenuados.

Había que descansar. Hice un túnel con mi excavadora individual, nos metimos dentro y, agotados, nos dormimos en el acto.

* * *

Más trampas a la noche siguiente...

Los pozos llenos de ácido...

Las ametralladoras que surgían de repente y disparaban una lluvia de balas, a la velocidad de mil doscientas por minuto...

Los surtidores de petróleo ardiendo...

¿Cuántas clases de trampas sorteamos en la segunda noche de infierno?

Sería el cuento de nunca acabar. Al fin llegamos al pórtico de la casa.

Yo tenía ahora un palo, con el que tanteé el suelo. No se disparó ninguna trampa y pudimos entrar.

Tomasina había tenido razón: era preciso decorar y amueblar el edificio.

Estaba terminado, pero vacío.

— ¿Y la caja fuerte con los planos? — preguntó Nadyna con lógica aplastante.

Me mordí los labios. En toda la casa, no había la menor señal de una caja fuerte.

De pronto, divisé en el vestíbulo, junto a la entrada, una pequeña puertecita, adosado al muro. Era de hierro y tenía unos cuarenta centímetros de lado.

La cerradura no tenía complicaciones. Después de abrirla, vimos una

palanca de color rojo. Sobre la misma había un rótulo: INTERRUPTOR GENERAL.

Bajé la palanca. Si había más trampas, ya estaban desconectadas.

— Lástima no haber comenzado por aquí — suspiró Nadyna.

Pero era imposible, como fácilmente se puede comprender.

Otra vez habíamos pasado una noche en blanco.

— Tenemos que dormir un rato — propuse.

Y en espera de una solución, nos tendimos en el suelo. Poco después, dormíamos como troncos.

CAPÍTULO XIV

Sentados en el suelo, comíamos unos bocadillos, después de haber descansado unas cuantas horas, cuando Nadyna dijo:

— Simón ¿qué pasará cuando tengas los planos en la mano?

— Nos largaremos de aquí, claro.

— ¿En un vulgar coche de ruedas?

Le dirigí una sonrisa llena de malicia.

— Claro que no, preciosa. Tengo otro medio de escapar; ya lo verás cuando llegue la ocasión.

— Y los planos, ¿dónde están?

— En la casa, claro.

— Sí, pero... ¿dónde?

Guardé silencio unos minutos, mientras reflexionaba profundamente.

— Espera — dije de pronto.

Nadyna me contemplaba ansiosamente.

— Habla, Simón — pidió.

— Estoy recordando una frase de Shoulton. Habló de desenterrar los planos o algo por el estilo...

Los ojos de la chica se iluminaron.

— ¡Están debajo de nosotros!—exclamó.

— Justamente — convine—. Y creo que no tardaremos mucho en encontrarlos.

— ¿Cómo, Simón?

— El detector de metales. Tienen que estar en alguna caja, a fin de protegerlos contra la humedad, ¿comprendes?

— Sí, es cierto. ¿Empezamos a buscarlos?

— ¿Tienes prisa en encontrarlos?

— Lo que tengo es prisa por escapar de aquí, Simón. Adonde hemos llegado nosotros, podrían llegar ellos también... y no tendrían compasión esta vez, si nos atraparan.

— Eso es verdad — concordé, a la vez que nos poníamos era pie —. La casa, en apariencia, no tiene sótano, pero...

Puse el detector en funcionamiento y empecé a recorrer todas las habitaciones del edificio. De pronto, noté un leve chirrido.

— Nos acercamos — dije.

El chirrido alcanzó su volumen en la estancia destinada a dormitorio de los dueños de la casa. Golpeé el suelo con los pies.

— Aquí es, Nadyna.

Y sin más pérdida de tiempo, saqué la perforadora y la puse en movimiento.

A los diez minutos, había practicado ya una abertura cuadrada de dos metros de lado. En el centro, a metro y medio, divisamos una caja de metal, más pequeña que una maleta, sin ninguna apariencia especial.

Lancé un hondo suspiro.

— Objetivo cumplido — dije.

— No presumas, Simón — me volvió ella a la realidad—. Todavía no has abierto la caja... y no sabes siquiera si está conectada a alguna trampa independiente.

Aquello me hizo volver a la realidad. Nadyna tenía razón. Los terrestres no pecaban de descuidados, ciertamente.

Desconecté tres clases de trampas, a cual más diabólica. Por fin, pude saltar al hoyo. Por medio de un estetoscopio, ausculté la caja.

— Dentro hay un mecanismo que quemará los papeles, si la caja se abre sin emplear la combinación adecuada.

— Llevémosla como está a Quenaria — sugirió Nadyna—. Allí, nuestros expertos podrán...

Hice un signo negativo.

— Nena, modestia aparte, sé de cajas fuertes todo lo que pueda saber el más experto. Aguarda unos minutos.

El estetoscopio me sirvió de mucho. Cuando escuché el último «click» de los engranajes, lancé un suspiro de satisfacción.

La caja se abrió por sí sola. Los documentos estaban en su interior.

Nadyna alargó la mano. Yo agarré su brazo.

— Aguarda un poco—dije.

Paseé un palo por su interior. El palo ardió de pronto a causa de una brutal descarga eléctrica.

Era la última trampa. La descarga había sido alimentada por una pequeña batería, con su correspondiente transformador, para elevar la tensión, y fue suficiente para agotar sus pilas.

Esta vez, los papeles salieron fuera.

Bueno, en realidad, era un libraco de doscientas ochenta páginas, tamaño folio, con un apéndice de mapas y planos casi tan grueso como el libro.

Había miles y miles de nombres, con sus contraseñas, situaciones, domicilios, profesiones y ocupaciones actuales. Nadyna y yo hojeamos ligeramente aquella impresionante relación y nos quedamos de piedra al reconocer a algunos quenarianos que ocupaban puestos muy elevados en nuestro mundo.

Las instrucciones para el desarrollo y ejecución del plan de invasión ocupaba asimismo un montón de páginas. Todo estaba previsto y planeado hasta el último detalle.

Técnicamente, era un plan perfecto. El día en que lo pusieran en

ejecución, los fallos resultarían absolutamente imposibles.

En menos de una semana, Quenaria quedaría ocupada, aplastada bajo la bota del invasor terrestre. Ahora, con aquellos documentos en la mano, podríamos negociar y forzarles a olvidar sus ideas expansionistas.

Había también un capítulo especial, dedicado, retóricamente, a hacer un poco de historia. El capítulo, situado al final, antes del apéndice de mapas y planos, dedicaba una cuantas páginas a relatar la construcción del fortín.

— Creo que les hemos quitado los dientes — dije, al terminar aquel rápido repaso.

— Es cierto, Simón. ¿Nos vamos?

— Sí, Nadyna.

Abandoné allí todas mis herramientas. Ya no me servían para nada.

Cuando salíamos, divisamos en lontananza unos cuantos aeromóviles que se cernían sobre nosotros como aves de presa.

— ¡ Simón! — gritó ella, angustiadamente.

— No te preocupes, nena — dije.

Saqué mi encendedor una vez más. Manejé ciertos controles y una espacionave se materializó a pocos pasos de nosotros.

— ¡ Corre!

Nadyna no se lo hizo repetir. Yo había mantenido aquella nave todo el tiempo en el subespacio y el aparato me había ido siguiendo por doquier, como un perrito fiel. En todo momento había sabido que podía disponer de él en el acto.

Los aeromóviles de los sabuesos del G.E.M. caían como rayos sobre nosotros. Empezaron a disparar sus torpedos, pero ya era tarde.

* * *

El Jefe mordió el puro y me estrechó la mano con fuerza.

— Buena labor, Cuatrocientos — elogió.

— Sudé un poco, pero valió la pena — dije.

— Te mereces una buena recompensa. ¿Qué quieres?

Contemplé el tubo de metal, grueso como mi muslo, que contenía los preciados documentos.

— Soy quenariano—contesté.

— Sí, lo sé, y has demostrado ser un patriota, jugándote el cuello a cada momento. Estoy autorizado para darte la recompensa que pidas.

— Bueno, en realidad, soy más bien modesto, Jefe.

— Vamos, vamos... el gobierno te dará lo que se te antoje. Ahora, cuando destapemos el tubo, conoceremos los nombres de los agentes terrestres que tenemos infiltrados y en menos de una semana, estarán fuera de la circulación.

— Bueno, pues ya puede empezar a destaparlo — dije sonriendo.

El Jefe hizo un ademán displicente.

— Oh, no tengo prisa — manifestó —. He de despachar algunos asuntos urgentes primero. Teniendo esto en mi poder, estoy en condiciones de desenmascarar a los agentes terrestres en el momento que lo desee.

— Lástima — dije—. Sentía curiosidad por leer alguna de sus páginas.

— ¿Has leído algo, Cuatrocientos? Pero no, claro que no; el tubo está precintado...

— Ese tubo lo hice yo y lo precinté yo mismo también— dije—. No había ningún tubo en la caja fuerte que contenía los planes de invasión.

— ¿Qué quieres decir. Cuatrocientos? — me preguntó el Jefe con cara de extrañeza.

— Hay un capítulo dedicado a relatar la historia de la construcción del fortín. En él se habla de las trampas y, sobre todo, de la trampa final: la que estaría en el tubo sellado que debería contener el documento. Por falta material de tiempo no se pudo preparar el tubo.

— ¿Y bien, Cuatrocientos?

— Si hubiese existido ese tubo, yo no habría podido perder tiempo en abrirlo. Los sabuesos del G.E.M. caían sobre nosotros y tuvimos que escapar, como se decía antiguamente en la Tierra, a uña de caballo.

— Sigue, Cuatrocientos; lo que estás diciendo es muy interesante — me pidió el Jefe.

— Por tanto, pude leer, en parte, la lista de agentes terrestres infiltrados en Quenaria. Su nombre encabeza esa lista, Jefe.

Palideció ligeramente, pero mantuvo la serenidad.

— Es cierto — reconoció con laconismo.

— Muy astutos los terrestres — continué —. A usted le infiltraron hace muchísimos años, quizá cuando era un niño. Durante treinta, cuarenta o más años, fue un agente «durmiente», esperando el momento de actuar. Trabajó con ahínco y escaló grandes puestos, hasta llegar al que ahora ocupa. ¿Quién mejor que usted para dirigir la invasión?

— ¿Sospechaste en algún momento de mí? — preguntó.

— Tardé un poco. Pero luego vi que las cosas me resultaban relativamente fáciles, con los obstáculos justos para que pudiera salvarlos sin demasiados compromisos. Claro que tuve que eliminar a algún terrestre, pero, en ocasiones, los que me salían al paso, procedían digamos por cuenta propia, actuando por orden de sus delegaciones locales.

»Además, usted necesitaba desesperadamente estos planes, porque no los conocía en su totalidad. Sin ellos, no habría podido dirigir la invasión. Salvamos todas las trampas, pero usted ya contaba con que yo lo conseguiría. Los A.S.I. somos buenos, todo hay que decirlo. Pero hubo un detalle que me hizo recelar sobre todo.

— ¿Cuál, si se puede saber?

— El espaciograma que envié a Vria de Vrianor. Tuvo una respuesta muy rápida. Pero, sobre todo, el contenido resultó altamente revelador.

— ¿Por qué, Cuatrocientos?

— Era imposible que Vria de Vrianor contestase al espaciograma que yo le envié. Estaba a mi lado, bajo el nombre de Nadyna Vilar.

El Jefe apretó los labios.

— ¿Cómo has sabido reconocerla? — preguntó.

Sonreí.

— Hay detalles que un caballero no puede revelar jamás acerca de una dama — contesté.

Mi Jefe se llenó los pulmones de aire.

— Voy a matarte, Cuatrocientos — anunció.

— Es tarde ya. Ha tocado el tubo con las manos. La superficie exterior está pintada con un compuesto venenoso, que se infiltra en la sangre, a través de la epidermis. Naturalmente, la piel de mis manos está preparada adecuadamente para rechazar el tóxico. El Jefe bajó la vista y se contempló las yemas de los dedos.

— Eres infernalmente astuto, Cuatrocientos.

— Soy quenariano — contesté llanamente.

A pesar de todo, quiso pasar a vías de obra. Sacó una pistola, pero lo del veneno no había sido una broma.

Cayó antes de poder levantar el arma. Se estremeció convulsivamente unos momentos y luego murió.

* * *

Abrí la puerta. Vria de Vrianor me dirigió una larga mirada.

Su pelo había recobrado el color habitual: rubio, dorado, brillante como hebras de oro. Se había quitado las lentillas de contacto que disfrazaban el color de sus pupilas y, ahora las veía azules como el cielo en una mañana de primavera.

Sus labios temblaron al verme.

— Simón...

— Ha muerto — anuncié.

— Lo siento.

Me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos.

— A ti te dio la orden de matarme, apenas hubiésemos recogido los planos. ¿Por qué no lo hiciste? — pregunté.

— ¿Es que no te lo figuras? — dijo, sonriendo dulcemente.

— Calculó mal. Nunca debió enviar a mi lado a una mujer enamorada.

— Sí, fue un error de cálculo.

— ¿Cómo se te ocurrió convertirte en agente secreto?— quise saber.

Vria hizo un gesto ambiguo.

— Tal vez me aburría — contestó.

— Y buscabas emociones fuertes.

— Sí,

— Querida, el matrimonio proporciona de por sí emociones lo suficientemente fuertes como para no buscarlas en otros lugares — dije.

— Tienes razón, Simón... Eh, estás pidiendo mi mano — exclamó de pronto.

— Sí, Vria.

Ella suspiró gozosamente.

— ¡Ya era hora! — dijo—. Hasta estos momentos, siempre creí que yo era como una especie de juguete para ti, una distracción para tus horas de aburrimiento...

— Eso se ha acabado, nena.

— Así lo espero, Simón. Dime, ¿cuándo supiste que yo era Vria de Vrianor? Porque incluso mis facciones habían cambiado, con la ayuda de un poco de pasta orgánica... y hasta el servicio médico de la organización me alteró el tono de mi voz...

— Pero se olvidaron de un detalle muy importante.

— ¿Cuál, Simón?

— Una vez te hicieron prisionera y te ataron casi sin ropas a una silla. Ese lugar de la cadera izquierda...

Vria me tapó la boca con la mano.

— i Por favor, Simón; conseguirás que me ruborice!— exclamó, roja como una guinda.

* * *

Silencioso como un gato, M.P. 400, alias Simón Webster entró en mi despacho y me apuntó con una pistola energética.

— Déme esos papeles que tiene sobre la mesa — pidió.

— Ahí los tiene — contesté.

Cuatrocientos alargó la mano izquierda y se apoderó del fajo de cuartillas que yo tenía delante de mí sobre la mesa.

— Una historia interesante, ¿verdad? — dijo.

— Muchísimo — concordé.

— Temo, sin embargo, que no podrá ser publicada.

— ¿Por qué? — pregunté—. El peligro de invasión ya se ha pasado. Hemos desistido de esas ideas expansionistas...

Cuatrocientos sonrió.

— Pero en ella se detallan ciertos procedimientos que usamos los A.S.I.

y que no deben ser conocidos por la masa de público, ni quenariana ni terrestre.

— Comprendo — murmuré.

— ¿Cómo consiguió usted el relato? — preguntó Cuatrocientos.

Sonreí.

— Antes de escritor, fui también agente secreto

— contesté—. Vine desde la Tierra para saber si pensaba usted volver allí. Cierta noche entré en su casa y...

— No lo repita — advirtió Cuatrocientos —. Y vuélvase a su planeta mañana mismo.

— Ya tengo el pasaje en el bolsillo. Precisamente regreso en la «Granada 5».

— En ese caso, le deseo un buen viaje.

— Gracias, Cuatrocientos. Mis respetos a la señora... Webster, antes Vria de Vrianor.

Cuatrocientos volvió a sonreír.

— Es una mujer encantadora — dijo.

— Y usted un hombre de suerte, Cuatrocientos.

— Sí, lo confieso. En fin, adiós, señor Carrados.

— Adiós, Cuatrocientos.

Cuando se marchó, no pude ocultar una sonrisa de satisfacción.

Ciertamente, no habrá invasión, pero sí se publicará la historia.

Cuatrocientos cometió un error al no registrar mi equipaje, donde, previsoramente, yo había puesto una copia en microfilme del relato de sus aventuras.

FIN

Próximo número:

LOS SOSIAS

por

LUCKY MARTY

Eran invasores,

pero no podían ser reconocidos.

Su camuflaje

era perfecto. Se convertían en...

SOSIAS

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

